

ARQUEOLOGÍA DE LA PENÍNSULA SAN BLAS

(PROVINCIA DE BUENOS AIRES)

POR LUIS MARÍA TORRES

Director del Museo de La Plata

PRELIMINAR

La región meridional de la provincia de Buenos Aires, hacia el sur y sudoeste de las sierras de Balcarce, en una gran extensión del litoral marítimo, y aun en la cuenca del río Salado, ha sido objeto de importantes investigaciones, particularmente desde los puntos de vista geológico, paleontológico y arqueológico. En estas investigaciones, que comprenden el período de los últimos diez años, han participado, a más de los especialistas de los museos de La Plata y Buenos Aires, los que colaboraron en el Mapa topográfico y geológico de la provincia de Buenos Aires y aun los que dependen de la Dirección de geología y minas de la Nación.

Son ya muy conocidos en el país y en el extranjero los principales resultados de dichas exploraciones en las referidas comarcas y en otras adyacentes a ellas, habiéndose recogido en mayor proporción las observaciones geológicas y arqueológicas.

Adscrito y en el carácter de topógrafo de la repartición provincial que realizara sus trabajos bajo la dirección del doctor Santiago Roth, visitó por algún tiempo el extremo sur de la provincia el extinto ingeniero Armin Reinmann, que tuvo a su cargo el relevamiento topográfico de la localidad de San Blas. Antes y posteriormente a la estada del ingeniero Reinmann por aquellos sitios, había cumplido satisfactoriamente con su misión el doctor Lutz Witte, practicando estudios geológicos, que luego publicara y a los cuales me referiré en las páginas siguientes, cuando describa en sus rasgos generales el territorio ocupado por los importantes yacimientos arqueológicos que constituyen el tema de este trabajo.

Las series de objetos, instrumentos y armas que describiré y las observaciones generales que sugieren los restos culturales de aquella región, propiamente patagónica, se deben, en primer término, a la paciente sucesión de exploraciones del ingeniero Reinmann y a su acompañante, el colono de San Blas don Tobías Büchele. Los datos y distingos de valor estratigráfico que lograra establecer el doctor Witte, de algún interés para este estudio arqueológico, se tienen en cuenta, como es natural, dada la importancia que indudablemente debe atribuírseles para fijar la edad relativa de los yacimientos.

Esta descripción del material arqueológico retirado de las estaciones y cementerios de San Blas, debió haber aparecido con mucha anterioridad a la presente publicación del tomo XXVI de la *Revista del Museo de La Plata*; pero la necesidad de comprobar los datos o indicaciones sobre los principales caracteres de los hallazgos, me imposibilitaron de cumplir con la promesa que hiciera cuando, el señor Reinmann y el colono Büchele, pusieron a mi disposición las series de instrumentos y armas con los datos de procedencia.

Durante el otoño de 1919 llevé a cabo una excursión de diez días por aquellos campos, hoy ya poblados y sumamente transitados. Las observaciones recogidas en el propio terreno, amplían las que me fueron anticipadas, y confirman las más acertadas referencias de Tobías Büchele, que en cada caso trataré de referir con la mayor fidelidad.

La colección que forma la serie general de objetos de cultura neolítica de la península San Blas, ha sido incorporada al acervo arqueológico de nuestro museo, gracias a las discretas exigencias de la señora viuda de Reinmann, quien además se ha complacido en ofrecer algunos ejemplares en donación, y todo el material prolijamente ordenado y conservado.

Dadas las circunstancias de haber sido el fundador del Museo de La Plata, doctor Francisco P. Moreno, uno de los primeros exploradores de esa región de nuestro litoral marítimo, y la de prepararse, en esta oportunidad, el conjunto de contribuciones con las que el personal científico del museo rinde homenaje a su memoria, he elegido de los estudios que tengo en preparación, el que más encuadra, por su índole, con la tendencia de los trabajos científicos de Moreno, y muy en particular con el de esta descripción de la cultura de los pueblos que habitaron la zona de transición entre las pampas bonaerenses y las mesetas patagónicas.

PRIMERA PARTE

La península San Blas

CAPÍTULO I

DESCRIPCIÓN GENERAL

Partiendo del puerto de Bahía Blanca hacia el sur, frente a la isla Verde, se pronuncia en la costa firme, después de un ligero cambio de dirección hacia el sudoeste, una entrada hacia el mar muy extendida entre dos extremos de avance máximo, punta Rubia y punta Rasa.

Los yacimientos arqueológicos que visitara y explorara por primera vez el doctor F. P. Moreno ¹, y de los cuales debo ocuparme en esta contribución, gracias a los nuevos elementos aportados por los señores A. Reinmann y T. Büchele ², se encuentran situados no propiamente en lo que viajeros y geógrafos denominan bahía San Blas. Voy a referirme a aquella región del litoral atlántico que el doctor Lutz Witte ³, con criterio acertado, considera península San Blas.

«La isla de San Blas — dice Witte, — denominada erróneamente así, pues en realidad es una península, se extiende en forma de lengua de norte a sur. Por su formación, origen y situación respecto al continente, es muy parecida a formaciones existentes en el mar del Norte y mar Báltico, conocidas con el nombre de «Nehrung». Así se llaman las penínsulas muy extendidas a lo largo, que sin sobresalir de la dirección general de la costa del continente, separan del mar abierto las desembocaduras

¹ F. P. MORENO, *Viaje a la Patagonia septentrional*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, I, 186, Buenos Aires, 1876.

² Don Tobías Büchele es un viajero observador que ha recorrido nuestro país particularmente en su región austral. Sus impresiones y juicios sobre la vida y costumbres en la Patagonia — vida de cazadores de lobos y de excursionistas bravíos, entre indígenas y gentes de extraño origen — las publicó en un librito que es un ensayo sencillo pero de verídica descripción, con el título de *An der Küste von Patagonien*, Leipzig, 1896. En cuanto a sus apreciaciones sobre la comarca ríonegrense, donde colonizara unas tierras por espacio de diez años, las dió a conocer, así como los resultados de sus excursiones arqueológicas, en el *Neue Deutsche Zeitung*, 121, noviembre 9 de 1921.

³ L. WITTE, *Estudios geológicos de la región de San Blas (partido de Patagones)*, etc., publicado por la Dirección de geología y minas de la provincia de Buenos Aires, 1916. Esta misma publicación de Witte comprende la primera parte del tomo XXIV de la *Revista del Musco de La Plata*.

de ríos o lagunas. Estas penínsulas deben su origen a la acción de las mareas, lo que parece ser el caso también de la península de San Blas ¹. »

Y el puerto San Blas, tal vez uno de los puntos más accesibles de la costa marítima patagónica, ha sido frecuentado desde el siglo XVIII, y con propósitos científicos desde la época de los expedicionarios de la *Beagle* y de la *Adventure*, lo que puede comprobarse en las anotaciones de sus derroteros ², así como en las descripciones de A. d'Orbigny ³.

Las observaciones fisiográficas generales de los viajeros antiguos y contemporáneos, y entre estos últimos, los que mayor conjunto de indicaciones han anotado: F. P. Moreno, F. y C. Ameghino, S. Roth y L. Witte, describen la comarca adyacente al puerto San Blas de modo uniforme, exceptuando, bien se comprende, a aquellos distingos de valor estratigráfico. Desde el punto de vista arqueológico, las descripciones o noticias se reducen a las ya citadas de Moreno, y a las contemporáneas de H. T. Martin ⁴, W. H. Holmes ⁵, Witte y F. F. Outes ⁶.

Las observaciones sobre los caracteres de los yacimientos y la misma colección de objetos arqueológicos que logré en la excursión efectuada en marzo de 1919, confirmaron las indicaciones de mis informantes, quienes, si bien es cierto que consideran problemas de diversa categoría, no han dejado de contribuir a la interpretación acertada de las relaciones del medio geográfico con la vida de aquella población indígena.

De las aludidas descripciones contemporáneas resulta que la península San Blas y alrededores, en su máxima parte y particularmente en las cercanías de los talleres, estaciones y cementerios que han proporcionado el material de objetos neolíticos, presenta el aspecto de una planicie ondulada, debido a los cordones de pequeños rodados, recubiertos de una arena fina cuaternaria, que se extienden paralelamente entre ellos, y a la vez paralelos a la costa. Dichos cordones se encuentran separados de bajíos, allí llamados « matorrales ».

En la superficie de la península San Blas, con indicios de haber sido habitada por los indígenas, a la que se atribuye algo más de cinco mil

¹ WITTE, *Ibid.*, páginas 6-7.

² R. FITZ-ROY, *Narrative of the surveying voyages of His majesty's ships « Adventure » and « Beagle », etc.*, II, 116-117, London, 1839.

³ A. D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, III, Paris, 1843.

⁴ Véase H. T. MARTIN, *South American archeological notes*, en *Kansas University Science bulletin*, IV, 20, 391 y siguientes, 1908.

⁵ W. H. HOLMES, *Early man in South America*, 143 y siguientes, Washington, 1912.

⁶ F. F. OUTES, *Arqueología de San Blas (provincia de Buenos Aires)*, en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, XVI (ser. 3ª, t. IX), páginas 249-275, Buenos Aires, 1907.

hectáreas, el agua dulce es escasa y la vegetación pobrísima. Las costas, hacia el mar abierto y en la extensión que la visitara, están cubiertas de dunas, en partes consolidadas. Las hondonadas se suelen cubrir por las mareas en una considerable extensión, y a una distancia mayor de diez kilómetros de la costa, se ven mesetas constituidas de areniscas, poco consistentes, de color gris. Estos y otros caracteres fisiográficos ya anotados por Witte en *Estudios geológicos de San Blas*, se consideran como elementos de juicio que permiten asentar la observación de que aquella es una zona de transición entre las llanuras pampeanas y las mesetas patagónicas.

Así como en la zona entre los ríos Colorado y Negro se observan ondulaciones suaves del terreno con arbustos y pastos de la vegetación patagónica, en las inmediaciones de San Blas, sobre las mesetas, se encuentran, hoy en proporción mínima, varias plantas de las familias de las leguminosas, ramacáceas, etc., y algunas especies que producen frutos comestibles.

Las hondonadas, próximas a la costa, suelen verse invadidas por las crecientes periódicas del mar; y aunque la vegetación es escasa y las sendas llenas de obstáculos, que en tiempos pasados debieron hacer difícil el tránsito y estada de una población más o menos numerosa en esos lugares, los indígenas parece la hubieran frecuentado mucho por la posibilidad de encontrar agua dulce, y hasta se supone que debieron realizar allí cacerías de guanacos y otros animales comarcanos, gracias a la configuración del terreno, el cual, en su extremidad próxima al Rincón de Walker, o sea de puerto San Blas hacia el noroeste, se estrecha la tierra firme hasta quedar completamente rodeada por el mar. Esta configuración del terreno parece que hubiera sido aprovechada por los indígenas para realizar sus arreos y cacerías.

La posibilidad de encontrar en la base de los médanos agua a poca profundidad, la bondad relativa de los campos más inmediatos a la costa y la abundancia de productos del mar aptos para la alimentación, pueden explicar la presencia de aquellas estaciones indígenas.

CAPÍTULO II

SITUACIÓN DE LOS TALLERES, ESTACIONES Y CEMENTERIOS

Para el propósito que me guía, bastará saber que los restos de industria neolítica descubiertos por aquellos sitios se encontraban, generalmente, inmediatos a la costa del mar. Los yacimientos ocupaban y aun puede comprobarse que comprenden una considerable superficie: el Cementerio de los Indios más de cuatro hectáreas, literalmente cubiertas

de residuos de fabricación y aun de instrumentos y objetos de piedra y de cerámica.

Los yacimientos explorados por los señores Reinmann y Büchele se encuentran aún visibles, por la presencia de nuevos ejemplares, en la base de los médanos, principalmente en tres de los sitios indicados en la carta que acompaña a esta descripción, y que son el ya recordado cementerio y los talleres y estaciones de La Pirámide (de siete hectáreas) y punta Rubia Falsa, cerca de las estancias de McCorry y Buckland (de veinte hectáreas).

Para explicarnos, en lo posible, el valor de la antigüedad de unos y otros yacimientos, conviene que nos reframamos, preferentemente, a las observaciones del doctor Witte.

De todas las observaciones y distingos que asienta en su estudio, son de especial interés aquellos que agrupa en el capítulo II, dedicado a la estratigrafía de la península San Blas, y más en particular lo que expresa sobre «el estadio V o los aluviones modernos». Están allí considerados los principales fenómenos fisiográficos generales que pueden interesarnos y mediante los cuales se habrían producido cambios muy acentuados en las condiciones de aquel suelo para la vida de los indígenas.

Pero de todas esas observaciones, encuentro que las que transcribo a continuación tienen una importancia singular.

Para explicar el orden de disposición de las formaciones más modernas se detiene en la descripción del paraje denominado Cementerio de los Indios, y dice: «Estas dunas están colocadas sobre un subsuelo compuesto de sedimentos marinos, que pertenecen al estadio IV de mi subdivisión. Consisten éstos de limo negruzco bastante arenoso, encima del cual se hallan esparcidos rodados en gran cantidad. Entre los cantos se encuentran en abundancia huesos y artefactos humanos. Rodados partidos y trabajados y otros vestigios se encuentran en toda la región litoral desde el Cementerio de Indios hasta La Pirámide, lo que prueba que estos lugares estaban poblados anteriormente por indios. La mayor parte de estos restos de la industria humana se encuentran en el paraje del mencionado Cementerio de Indios. Entre ellos abundan flechas, boleadoras, morteros, fragmentos de olla, en parte ornamentados, y otros útiles. Entre los huesos predominan los de peludo, guanaco, gama, lobo de mar y valvas de moluscos, que seguramente servían de comida a los salvajes. He prestado mucha atención por si entre esos restos se hallaban huesos de caballo, de vaca o de oveja, pero no he podido descubrir ningún vestigio proveniente de estos animales, lo que prueba con evidencia que se trata de un paradero de indios precolombianos.»

Las observaciones que he podido recoger en mi excursión por aquellos parajes, guiado por las anotaciones del doctor Witte, en cuanto a las

relaciones y distingos sobre los estadios III y IV del mencionado autor, me hacen considerar que la posición de los yacimientos arqueológicos de toda aquella región peninsular no podría ser juzgada, por ahora, de manera que se atribuya a unos mucha mayor antigüedad que a otros. La ausencia de ciertos restos faunísticos que indicaran la presencia moderna de los indígenas en aquellos sitios, no puede afirmarse terminantemente, y aun en ese supuesto, habría que proceder con suma cautela en cuanto a la elección de los elementos indicadores del carácter actual o relativamente antiguo de la habitación en San Blas de aquellos grupos étnicos.

Sobre este particular agrega el doctor Witte algunas apreciaciones que, por sus fundamentos, debí tener presentes y que, a todas luces, contribuyen a plantear con seriedad un nuevo problema estratigráfico en sus relaciones con la posición de este estrato cultural que considero, y sobre el cual debí dirigir mi atención y hasta considerarlo motivo de la visita a la localidad.

« Encontré en otro lugar — dice Witte, — entre el Cementerio y el Jagüel Bajada, un segundo yacimiento de igual industria, cubierto de una capa de tierra humosa de un metro o menos de espesor, y la que proviene seguramente de pobladores mucho más antiguos. También este lugar, que se encuentra en el segundo semicírculo, y donde se halla también, como puede verse en el mapa, el Jagüel Bajada, ha tenido que estar completamente en seco cuando lo poblaron los indios. »

Si es evidente que se encuentra vestigios de industria, en sus diversas formas, en la superficie de los aluviones del denominado estadio V no está probado, a mi juicio, que sea anterior la que *parece* que está depositada en la base del mismo, y sentar como conclusión que los yacimientos inmediatos al mar son más modernos. Una afirmación, en cambio, admisible, es la que concierne al orden y disposición de los horizontes que allí se observan, los que, a mi juicio, pueden explicarse como lo propone Witte en un párrafo especial, en el que trata del límite entre los depósitos de los períodos diluvial y aluvial.

Sólo me propongo llamar la atención sobre estos diversos aspectos del problema estratigráfico local que tanta influencia pueden tener sobre la determinación de la antigüedad relativa de los restos arqueológicos.

El material de rodados que por allí se encuentra, presenta algunas diferencias que Witte ha anotado. Los que yacen en las inmediaciones de la costa, hacia el este de San Blas, son de mayor tamaño y de forma más redondeada con respecto a los que se depositaron en la zona oeste. « Además, encontré — dice el doctor Witte — entre los rodados del Cementerio de Indios, cantos de un antiguo granito, de un tamaño grande, completamente diferentes de los que se encuentran en los rodados tehuelches, y los que provienen de las rocas graníticas más modernas de la cor-

dillera. » Afirma, asimismo, haber determinado la presencia de fragmentos de cuarcita blanca, « octangulares », parecida o idéntica a la de las sierras antiguas de la provincia de Buenos Aires. De las investigaciones realizadas hasta la fecha, puede presumirse que la presencia de estas rocas se debería a la existencia, en esta región, de una serranía sumergida y cubierta por los depósitos terciarios.

Sea de ello lo que fuere, las antecitadas observaciones de Witte constituyen un aporte serio para los que, en adelante, nos proponemos conocer mejor la fisiografía de aquella zona de transición entre la Pampa y la Patagonia, y el primer ensayo geológico-estratigráfico que puede influir en las explicaciones sobre la antigüedad relativa de sus yacimientos arqueológicos.

No habrá que lamentar, pues, en este caso, que se hayan omitido las imprescindibles anotaciones que permitan formular, en lo posible, la noción de valor estratigráfico de los yacimientos y otros caracteres correlativos.

Si dichas observaciones, como la reunión de pruebas para demostrarlas, no alcanzan a presentar el valor absoluto que exigen los preceptistas — que jamás se equivocan —, en conjunto estos nuevos elementos, reunidos y apreciados armónicamente, podrán ofrecernos un verdadero progreso en el conocimiento de los tiempos prehistóricos y protohistóricos del norte de la Patagonia. Y, si no fueren suficientemente claros los resultados que surgen del material extraído de los yacimientos que estudio en esta descripción, las notas que poseo y las nuevas que me procurará Tobías Bichele, nos aguardan interesantes sorpresas. Otros yacimientos aun no han sido explotados, como los inmediatos a la estancia La Verde, bocas del río Negro y Colorado, etc.

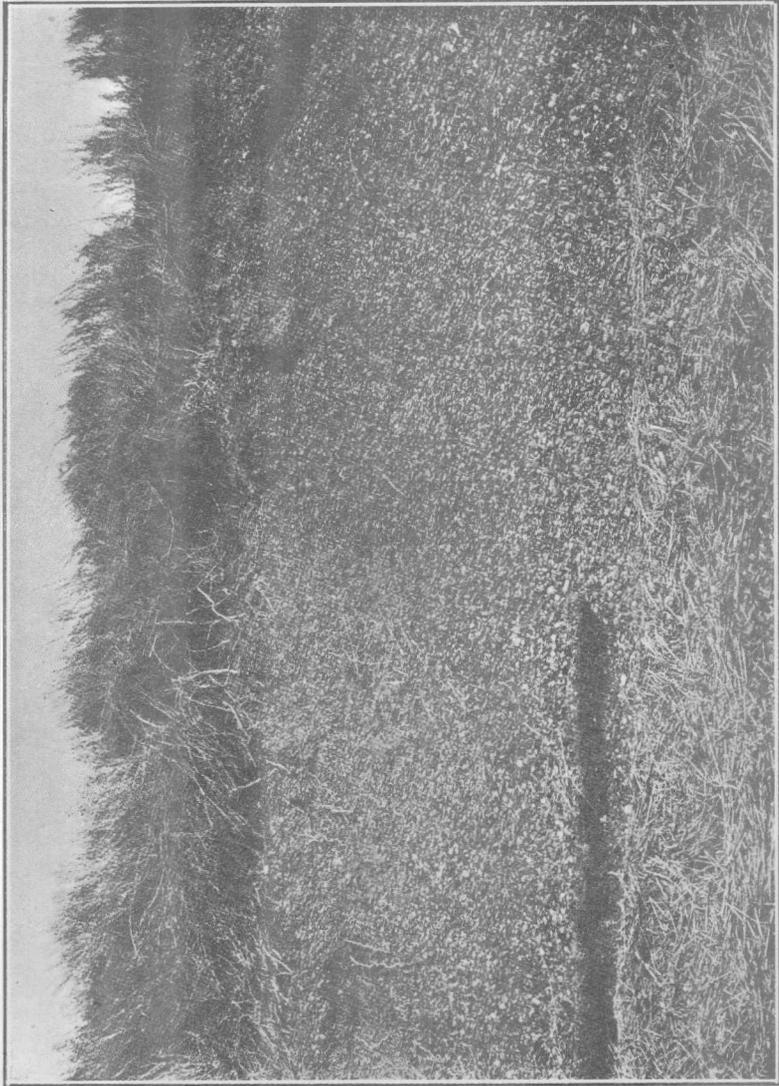
SEGUNDA PARTE

Los yacimientos y las industrias

CAPÍTULO I

DIVERSAS CATEGORÍAS DE YACIMIENTOS

En la zona comprendida entre puerto San Blas y punta Rubia Falsa, partido de Patagones, extremidad sur de la provincia de Buenos Aires, que comprende la península de formación relativamente reciente, en



Vista de la costa nordeste de San Blas y del depósito de rodados. En la superficie los médanos y los rodados del estadio IV, según Witte

forma de una faja de terrenos medanosos sobre el mar, se han determinado varios lugares bien caracterizados como talleres, paraderos o estaciones, de hallazgos aislados y, por último, de cementerios.

De los más próximos al puerto San Blas proceden, posiblemente, los restos recogidos por F. P. Moreno, C. Ameghino y por los enviados de la Universidad de Kansas, señores Adams y Martin.

Las series que describiré fueron reunidas por lo ya citados señores Reinmann y Büchele en el taller y Cementerio de los Indios y en los diversos sitios que figuran debidamente indicados en la carta arqueológica, con los signos y leyendas de que soy autor en colaboración de E. Boman y aceptados en la Primera reunión nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales.

Según los datos que Büchele me comunicara y que, en parte, he podido comprobar, las superficies ocupadas por los yacimientos son, aproximadamente, las siguientes: taller y Cementerio de los Indios, en las cercanías de la estancia de los señores Mulhall, con una superficie de cuatro hectáreas, a 200 metros de la costa; taller de La Pirámide, de siete hectáreas y muy inmediato a la costa; cementerio-taller de punta Rubia Falsa, de 20 hectáreas, inmediato al establecimiento del señor E. Buckland (h.). Este yacimiento es el que se encuentra más próximo al mar, y en él, como en el de los Indios, se observan muchos amontonamientos de residuos de cocina. Del hallazgo cercano al sitio denominado Jagüel Bajada, que según Witte está más distante del mar y presenta caracteres de mayor antigüedad, los objetos allí recogidos no difieren de los anteriores.

En unos y otros puede observarse que los rodados de mayor tamaño, material que fuera utilizado casi en absoluto para la fabricación de los instrumentos, armas y objetos [de piedra, se encuentran depositados sobre una capa de sedimentos marinos que, a la vez, quedan cubiertos por los médanos movedizos. Entre los cantos rodados se encuentran, además, en cantidades muy considerables percutores, lascas, láminas y el instrumental variado y altamente interesante que nos han proporcionado los diligentes coleccionistas que he recordado tantas veces.

La localidad comprendida entre el Cementerio de los Indios y La Pirámide tuvo todos los caracteres de un inmenso taller, entre cuyos vestigios aparecían, a veces reunidos en un centenar de metros cuadrados, fragmentos de cerámica, huesos partidos y quemados de guanaco, peludo, ciervo campestre, lobo marino, valvas, etc., pero, estos últimos no afectaban sino el carácter de pequeños amontonamientos.

En cuanto a la posición estratigráfica de los distintos yacimientos, el doctor Witte hizo una distinción que no pude verificar, cuando visi-

té aquella localidad y a la cual ¹ ya me he referido en párrafos anteriores, y que ahora deseo repetir.

« Teniendo en cuenta — agrega — que los objetos de industria humana en el paraje del Cementerio, los que indiscutiblemente son precolombianos, se hallan en la superficie de la tierra, tapados de arena movediza reciente, es decir, de sedimentos del estadio V [aluviones actuales del mar] y que el otro yacimiento más antiguo se encuentra en la zona de la que el mar se retiró paulatina y no repentinamente, juzgo que los depósitos del estadio IV, que tienen que ser más antiguos que los paraderos de indios, corresponden al menos al horizonte aluvial inferior. »

Dada la circunstancia de que el doctor Witte ha hecho esa distinción, me pareció conveniente recordarla en este párrafo, destinado a la enumeración y descripción general de los yacimientos, pero la considero, por ahora, insuficientemente demostrada.

CAPÍTULO II

INSTRUMENTOS, ARMAS Y OBJETOS DE PIEDRA

1. *El instrumental y su clasificación*

Para dar comienzo a la descripción de las armas y objetos de piedra que forman la colección Reinmann-Büchele, considero que es de importancia dejar establecidas las fuentes de información en lo que se refiere a las clasificaciones y nomenclaturas observadas, prefiriendo a aquellos autores que han descrito materiales arqueológicos de análoga categoría, y, particularmente, de procedencia sudamericana (*relaciones arqueológicas temporarias limítrofes*) ², y que pueden ser objeto de comparaciones con los que en esta monografía se dan a conocer.

La formación de rodados que constituye uno de los estadios de los depósitos cuaternarios de aquella costa atlántica, es la que ha facilitado, principalmente, el material para la fabricación de estos objetos e instrumentos. W. H. Holmes, en su *Handbook of aboriginal american antiquities* ³, se ocupa, preferentemente, de estudiar y determinar las diferencias en los yacimientos del material primario, de donde el

¹ WITTE, *Ibid.*, página 64.

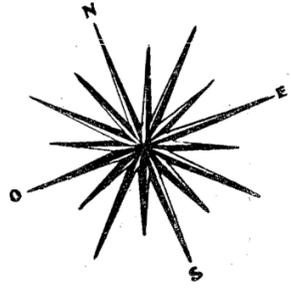
² Véase TORRES, en colaboración, *Manual de historia de la civilización argentina*, I, 48, Buenos Aires, 1917.

³ Parte primera, capítulo XII, página 155 y siguientes; boletín 60 de la *Smithsonian institution bureau of american ethnology*, 1919.



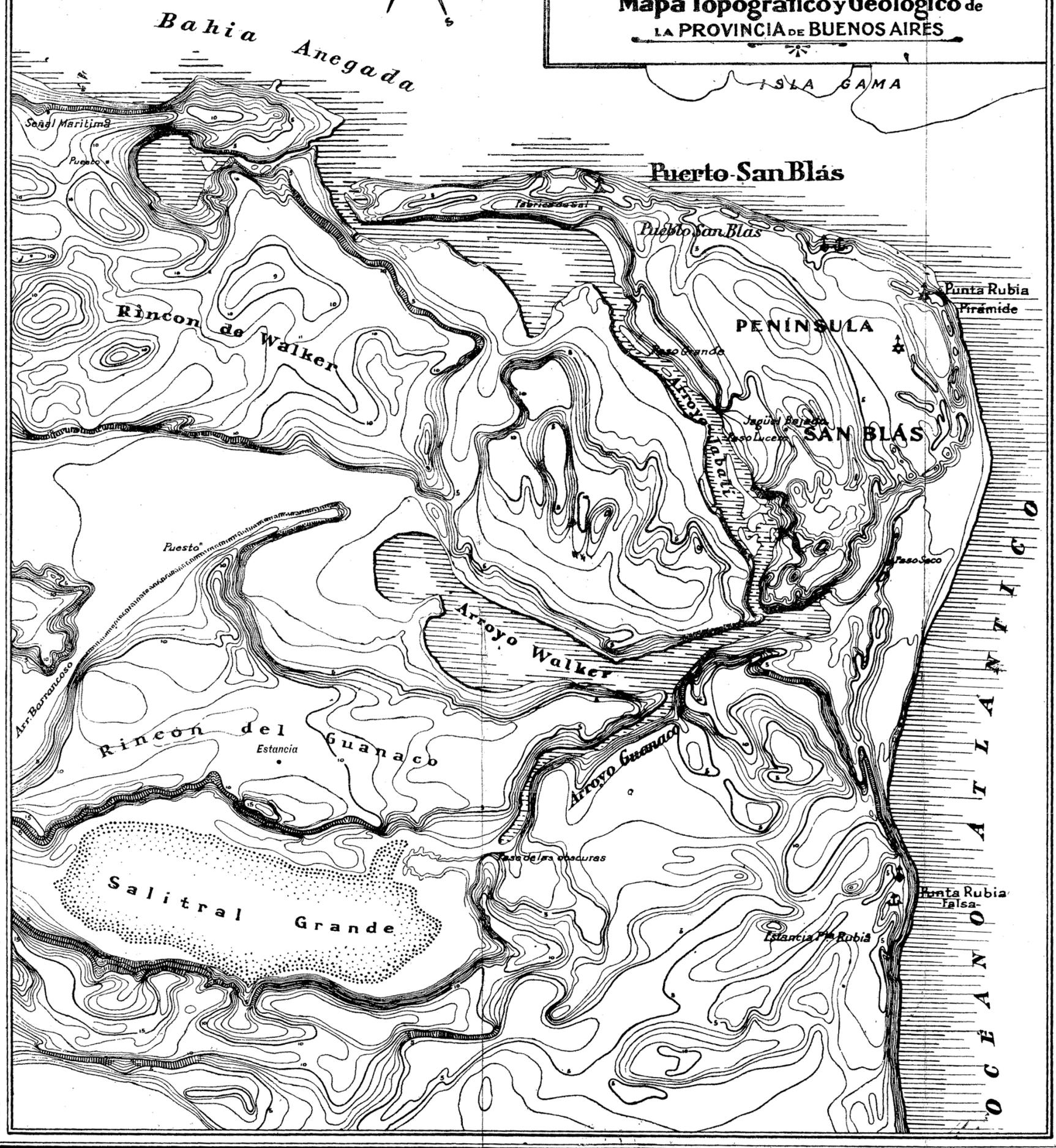
Referencias

- ♣ Taller neolítico
- ✱ Estación, paradero neolítico
- ♣♣ Taller y cementerio neolítico
- △ Hallazgo aislado



CARTA ARQUEOLÓGICA
 DE LA
PENÍNSULA SAN BLÁS
 Y SUS ALREDORES

Basada en los levantamientos
 del
Mapa Topográfico y Geológico de
 LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES



hombre ha extraído los elementos para obtener los instrumentos y armas que podían satisfacer sus necesidades. Es bien sabido que W. H. Holmes había descrito, sucesivamente, los principales caracteres de las *aboriginal quarries or mines*, y, últimamente, también, en su manual ¹. Los yacimientos explotados por los indígenas de San Blas para la fabricación de los utensilios de piedra estarían comprendidos en la categoría *d*, o sea, las *quarries of boulders of brittle stone*, de este autor, que interpreta las diferencias más acentuadas de la industria neolítica en los Estados Unidos de América del Norte.

De la ya citada obra de Witte reproducimos una vista que da idea de los depósitos de cantos rodados de la península San Blas, (véase lám. I), muy inmediatos a los talleres, paraderos y cementerios indígenas; y tan inmediatos que todos los elementos constitutivos de un taller de esa naturaleza se encuentran mezclados entre las miríadas de rodados.

Debido a la presencia de ciertos objetos, no sería improbable que entre los pocos con que cuenta esta colección, en rocas cuarcíticas, fueran fabricados con aquellos restos de que habla Witte cuando se ocupa de los depósitos del estadio IV ².

Se trata, como es sabido, de grandes fragmentos octangulares de cuarcita, completamente idénticos a los de las cuarcitas blancas de las sierras de la provincia de Buenos Aires, que habrían sido utilizados como nódulos. La utilización de cuarcitas se advertiría también, sino por la abundancia, por la presencia de ejemplares de láminas y lascas.

Dadas las singularidades de esta colección formada por contados instrumentos, pero de un variado y bien seleccionado conjunto de puntas de flecha y otras armas y objetos de rocas talladas y pulidas, de material compacto, de difícil manipulación, pero que revela un franco progreso en los medios de adaptación, he debido tener en cuenta los ensayos de clasificación y las diagnosis generales que les fijan una posición determinada en la evolución de las culturas del extremo meridional de la América del Sud.

Partiendo de las clásicas distinciones de J. Evans ³ para la Europa occidental, incorporadas a las más concienzudas exposiciones sobre los períodos de la edad de la piedra en general, que han podido encontrar su aplicación en el material de objetos paleo y neolíticos de muchas otras procedencias geográficas, y en los estudios del

¹ Véase página 369.

² Página 65.

J. EVANS, *The ancient stone implements, weapons and ornaments of Great Britain*, London, 1897.

arqueólogo americano Tomás Wilson ¹, en los que se ha trazado la clasificación de las puntas de flecha, etc., fundamentaré las principales distinciones de esta clasificación. Considero, asimismo, de interés singular el criterio adoptado en las descripciones por los señores Figueira, Verneau, Holmes y Outes, pero de escasa precisión y claridad, las indicaciones que se formulan, sobre estos problemas para los arqueólogos americanos, en el *Report of the Committee on archeological nomenclature* ².

No obstante los inconvenientes que en esa nomenclatura puedan señalarse, la tendré en cuenta, en el sentido de observar las principales distinciones del material, procedimientos de factura, formas y sus partes, tamaños máximos y mínimos, etc.

Dada la importancia de los especialistas que contribuyeron a redactarlas y el dictamen dirigido y aceptado por la Asociación antropológica americana, la dirección del Museo de La Plata tratará de divulgarla, con algunas adiciones, en la primera oportunidad.

Como antecedentes más inmediatos o directos, particularmente en lo que se relaciona con la clasificación debo recordar, también, a las contribuciones de W. H. Holmes y C. Thomas, que cita y ha seguido W. K. Moorehead ³, en su ensayo de resumen general y en el que expone, con lujo de ilustraciones, los problemas más importantes de la clasificación de las formas del instrumental primitivo.

El profesor José H. Figueira ensayó, treinta años ha, una descripción metódica de los instrumentos y armas de piedra procedentes de las estaciones neolíticas del Uruguay, iniciando con ella, en estos países, la primera aplicación de un criterio que, por entonces, se fundamentaba en las nuevas investigaciones, y que luego se observaría, con mayor precisión, entre los especialistas americanos ⁴.

Por último, los antecedentes más directamente relacionados con estas nuevas investigaciones corresponden — como ya se ha establecido —

¹ T. WILSON, *Arrowpoints, spearheads and knives of prehistoric times*, Wáshington, 1899.

² Véase en *American anthropologist*, nueva serie, volumen II, número 1, fojas 114-119, 1909.

³ W. K. MOOREHEAD, *The stone age in North America*, dos volúmenes, Londres, 1911. Estas cuestiones previas de la clasificación están expuestas en los primeros capítulos. Se remite, el autor, a los estudios más serios sobre el particular. Los especialistas americanos han sido consultados casi en su totalidad: Wilson, Holmes, Fowke, Thomas, Mc Guire, Hodge, Wright y otros.

⁴ JOSÉ H. FIGUEIRA, *El Uruguay en la Exposición histórico-americana de Madrid, etc.*, Montevideo, 1892. Figueira planea la clasificación de las puntas de flecha y considera ciertas distinciones en perfecta armonía con las observaciones más corrientes y bien fundadas de su tiempo. Véase el parágrafo IV.

a F. P. Moreno, que exploró repetidas veces los territorios del norte de la Patagonia; y las memorias descriptivas, generales y especiales, basadas en observaciones y materiales propios o que les procuraron diversos exploradores, a los señores René Verneau ¹, W. H. Holmes ² y Félix F. Outes ³.

COLECCIÓN REINMANN-BÜCHELE PROCEDENTE DE LA PENÍNSULA SAN BLAS

Objetos	Número	Material
Lámina poligonal (60 mm).....	1	Calcedonia
Raspador plano (40).....	1	—
Cuchillo plano (50).....	1	—
Cuchillos amigdaloides (50-90).....	5	Calcedonia 75 %
Sierras planas, irregulares (40 térm. med.)	3	Calcedonia y pórfido
Perforadores y fragmentos, tipo A (40-70)..	25	Calcedonia 85 %
— tipo B (45-50)..	3	Calcedonia
— tipo C (45-50)..	3	—
— tipo D (70-90)..	4	—
Puntas de flecha, sin ped., tipo A (40-60)...	6	Calcedonia y pórfido
— sin ped., tipo B (40-50)...	24	Calc., cuarcita, pórfido, ópalo
— sin ped., tipo C, v. a (40-60).	32	Calcedonia 85 %
— sin ped., tipo C, v. b (30-40).	15	Calcedonia
— sin ped., tipo C, v. c (30-70).	53	Calcedonia, basalto, pórfido
— sin ped., tipo C, v. d (40-70).	67	Calcedonia
— sin ped., tipo C, v. e (30-70).	50	—
— sin ped., tipo C, v. e' (40-70).	9	—
— con ped., tipo A (35-60)...	11	—
— con ped., tipo B, v. a (30-65)	65	—
— con ped., tipo B, v. b (30-70)	185	Calcedonia 70 %, pórfido
— con ped., tipo B, v. c (30-60)	55	Calcedonia 80 %, pórfido
— con ped., tipo B, v. d (30-50)	19	Calcedonia
— con ped., tipo C, v. a (30-60)	8	—
— con ped., tipo C, v. b.....	?	—
— excep., tipo A (25-30)....	4	—

¹ R. VERNEAU, *Les anciens patagons*, Mónaco, 1903. En la segunda parte (etnografía) se describen algunos ejemplares interesantes de instrumentos y armas de piedra.

² W. H. HOLMES, *Early men in South America*, 144 y siguientes.

³ F. F. OUTES, *La edad de la piedra en Patagonia*, Buenos Aires, 1905. Había publicado el señor Outes, durante ese mismo año, una breve monografía sobre *La alfarería indígena de Patagonia*, y, luego, en 1907, *Arqueología de San Blas*, proponiéndose, en todas o en la mayoría de sus contribuciones, la aplicación del criterio comparativo, de suma importancia en estas primeras investigaciones prehistóricas, más o menos sistematizadas. Figueira, en 1892, y Outes, en 1905 y 1907, tienen en cuenta los mismos fundamentos para la clasificación de las puntas de flecha.

Objetos	Número	Material
Puntas de flecha, excep., tipo B, v. a (20-30).	202	Calcedonia 90 %
— excep., tipo B, v. b (20-30).	92	Calcedonia 90 %
— excep., tipo C, v. a (17-30).	54	Calcedonia
— excep., tipo C, v. b (19-30).	36	—
— excep., tipo D, v. a.....	6	—
— excep., tipo D, v. b.....	3	—
— excep., tipo D, v. c.....	2	—
— excep., tipo E, v. a.....	1	Calcedonia
Puntas de jabalina, tipo A (70-90).....	3	Rocas porfíricas
— tipo B (70-90).....	24	Calcedonia 85 %, porfíricas
— tipo C (70).....	1	Basalto
Bolas arrojadizas, naturales.....	3	Conglomerado calcáreo
— sin cintura.....	3	Gabros, pórfido cuarífero
Bolas con cintura transversal.....	3	Pórfido, toba aurífera
Bolas, tamaño menor, con cintura.....	3	Caliza
— sin cintura.....	2	—
Placas grabadas.....	2	Pizarra margosa (cal. y arc.)
Adorno labial (<i>tembetá</i>).....	1	Toba volcánica verdosa
Dudoso.....	1	Toba volcánica
Adornos auriculares (?).....	6	Toba volcánica y pizarra
Cuentas discoidales grandes.....	5	Mica esquistoso, elorítico
Cuentas semidiscoidales pequeñas.....	27	Amazon. verde, piz., toba volc.
Peso para el huso.....	1	Toba volcánica
Objetos de piedra, de uso desconocido : láminas prismáticas.....	3	Pizarra y basalto
Objetos de uso incierto.....	2	—
Punzón de hueso y fragmentos.....	2	
Retocador de hueso y fragmento.....	2	
Cuentas discoidales de conchas de moluscos del género <i>pectunculos</i>	29	
Residuos de cocina.....	3	
Vaso incompleto.....	1	
Fragmentos de vasos.....	249	
Fragmentos y láminas de metal.....	4	Cobre

2. Lámina, raspador, cuchillos, sierras, perforadores

Lámina. — La colección de objetos, instrumentos y armas de piedra que los señores Reinmann y Büchele formaron en tres de los yacimientos de la península San Blas, no cuenta con un conjunto de láminas apreciable para cualquiera consideración de carácter sistemático.

No vale la pena, pues, que aluda a la clasificación de las láminas, planteada por varios especialistas, y sus aplicaciones por los autores nacionales que han descrito algunos ejemplares. Dada la exigüidad

de ejemplares, en éste como en muchos otros casos, considero aventurado presentar una descripción de formas y caracteres predominantes. Figueira, primero, y Outes, en sus ya recordadas monografías, se han ocupado de dar a conocer algunos tipos de láminas que confirman las observaciones de arqueólogos americanos y europeos sobre esta categoría de instrumentos.

La colección no cuenta más que con un ejemplar de lámina poligonal, de 60 milímetros de largo, y fragmentos de otros dos. Los caracteres son bien definidos¹ en su tipo; por sus bordes vivos, sin retoque alguno. Es de calcedonia, con pátina muy superficial. Este ejemplar procede del Cementerio de los Indios.

Raspador. — Una de las láminas planas presenta, a la vez, indicios de retoques en su superficie externa y en uno de sus bordes, con verdadera precisión, que la caracterizan como raspador. Es un solo ejemplar, de 50 milímetros de largo, en calcedonia blanquecina.

Es, tal vez, el tipo más común de raspador, según lo han descrito varios autores y particularmente los que se han ocupado de las industrias neolíticas rioplatenses.

Cuchillos. — Son seis ejemplares, con dos tipos bien definidos, en los que predomina la calcedonia de diversos colores y con ligeros rastros de deflación en una de sus superficies.

Tipo A: Un ejemplar, obtenido en una lámina asimétrica, poligonal, de 60 milímetros de largo (véase fig. 1). Es de los ejemplares que se retiraron de las inmediaciones de La Pirámide. La roca es calcedonia amarillenta, tallada en la superficie externa, y retocada en uno de sus bordes. La base del instrumento aparece fracturada y se observan pequeñas incrustaciones o vestigios de una grieta en el borde opuesto, en casi toda la superficie del biselado.

Ejemplares análogos han descrito varios autores rioplatenses, y particularmente Figueira y Outes, aunque no con el mismo criterio, como pasaré a comentarlo más adelante.

Tipo B: De los rodados tallados en ambas caras se han fabricado es-

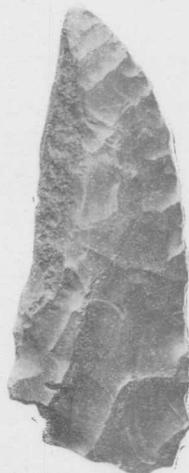


Fig. 1. — Cuchillo, tipo A, La Pirámide, nº 21004.

¹ De las descripciones y clasificaciones que comprenden láminas, raspadores y cuchillos de piedra, por ejemplo, de J. Evans, Holmes, Abbott, Wilson, Chamberlain, Wright, Fowke, Stewart, prefiero la que observa el primero en su obra fundamental: *The ancient stone implements, etc.* Puede decirse que, salvo tal cual carácter muy especial, las contribuciones de los modernos arqueólogos americanos confirman las principales distinciones del especialista que acabo de nombrar.

tos ejemplares de forma más o menos amigdaloides, con trabajo secundario en los bordes. En los cinco ejemplares los retoques se presentan en uno de los bordes, pero en desigual extensión, y el tamaño de los cuchillos varía entre 50 y 90 milímetros de largo, por 45 milímetros de ancho. Los cinco son de calcedonia, y el de la figura 2 procede de La Pirámide.

Después de las noticias sobre descubrimientos de láminas, raspadores, cuchillos y armas de piedra, publicadas por Moreno, Ameghino y

Lovisato, que son muy conocidas, el señor J. H. Figueira ¹, recordó, en un pasaje de su descripción, ciertas reflexiones de G. de Mortillet sobre el destino de las láminas sin retoques en los bordes por él denominadas cuchillos, y, a la vez, la designación que convenía adoptar para las láminas con trabajo secundario (sierras).

R. Verneau, posteriormente ², planteaba la misma cuestión con diverso criterio, o sea, más en el sentido de T. Wilson ³. Para este autor, muchos de los instrumentos considerados por algunos arqueólogos como puntas de flecha o de lanza, han sido cuchillos. El mismo Verneau al aplicar dichas observaciones y distingos acierta, y, a nuestro juicio, exagera después ⁴.

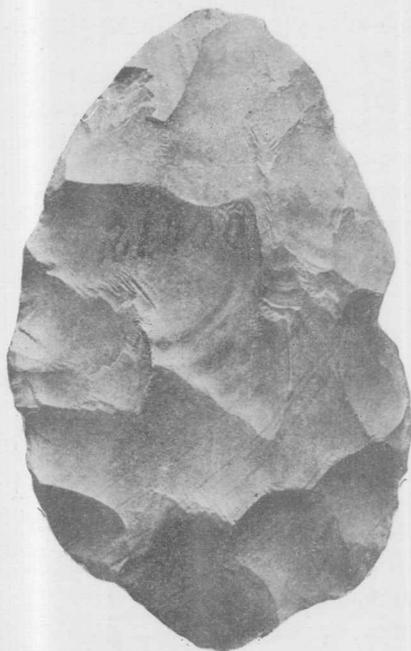


Fig. 2. — Cuchillo, tipo B, La Pirámide, n° 21000

Pero la sucesión de descubri-

mientos y descripciones posteriores a la aparición de la obra de Verneau, realizados en las distintas regiones de América, en las que se han verificado exploraciones arqueológicas, los caracteres, que podríamos llamar genéricos de estos instrumentos han quedado mejor definidos, por haberse seleccionado todos aquellos elementos de juicio que podían resolver, por lo menos en ciertos casos, sobre el enmangado de algunos tipos o variedades de ellos.

¹ FIGUEIRA, *Los primitivos*, etc., página 172.

² VERNEAU, *Les anciens patagons*, página 260.

³ WILSON, *Arrowpoints, spearheads and knives of prehistoric times*, 1899; WILSON, *Classification, etc.*, XII^o Congrès international d'anthropologie et d'archéologie préhistoriques, página 322, 1902.

⁴ Véase la explicación que ofrece del ejemplar reproducido en la figura 62, considerado por F. Ameghino como punta de flecha.

No es mi propósito, en esta oportunidad, el presentar reunidos todos los antecedentes a que he hecho alusión, que, por otra parte, son conocidos de los que se dedican a estas investigaciones. A las series clasificadas por Thomas, Abbott, Udden, Mason y otros, como a las colecciones descritas por investigadores americanos contemporáneos; que recuerda Moorehead, en su repertorio¹, muy escasas son las nuevas descripciones sobre el particular aparecidas en la América del Sud, algunas de las cuales creo que exigirían una rectificación².

Las investigaciones en la Argentina y territorios colindantes, tomando como término fundamental de comparación a las amplísimas mesetas y valles patagónicos, son las realizadas por el personal científico del Museo de La Plata, por el señor Carlos Ameghino, y, en el sur de la provincia de Buenos Aires, en las localidades de Miramar, Mar del Sur, Lobería y Necochea, por el autor de esta monografía y el propio señor Ameghino; de cuyas exploraciones el Museo de La Plata ha formado un espléndido material de objetos, instrumentos y armas de piedra. Los cuchillos están representados por ejemplares muy especializados.

Sobre estos instrumentos, procedentes de yacimientos neolíticos patagónicos, y sus diversos tipos, el señor F. F. Outes ensayó, en 1905, una descripción sistemática³.

De la pequeña serie de cuchillos que cuenta la colección Reinmann-Büchele, los de forma amigdalóide son los representados en menor número en la que estudia Outes. En todo caso, constituyen modelos interesantes por sus proporciones, simetría y tallado, tanto primario como secundario.

¹ MOOREHEAD, *The stone age, etc.*, tomo I, capítulo IV.

² A la enumeración de estudios descriptivos, generales o parciales, que citan los autores recordados en las presentes páginas, puedo agregar, para una futura revisión de los antecedentes, a: MAX UHLE, *Sobre la estación paleolítica de Taltal*, en *Publicaciones del Museo de etnología y antropología de Chile*, tomo I, página 31 y siguientes, Santiago de Chile, 1916; A. CAPDEVILLE, *Notas acerca de la arqueología de Taltal*, en *Boletín de la Academia nacional de historia*, tomo II, páginas 3, 4 y 5, Quito, 1921; J. JIJÓN Y CAAMAÑO, *Una punta de jabalina en Puengasí* (con láminas), en *Boletín de la Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos*, año I, número 2, Quito, 1918; P. RIVET y R. VERNEAU, *Etnographie ancienne de l'Équateur*, lámina VI, París, 1912; J. JIJÓN Y CAAMAÑO, *Una nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura, etc.*, en *Boletín de la Sociedad ecuatoriana, etc.*, tomo IV, páginas 10 y 58, Quito, 1920.

³ F. F. OUTES, *La edad de la piedra en Patagonia, etc.*, página 354. Publicó, además, sobre instrumentos neolíticos de esta clase, *Arqueología de Hucal* (gobernación de la Pampa), en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, tomo XI (serie III, IV), 1904; *Instrumentos y armas neolíticos de Cochicó* (provincia de Mendoza), en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, serie III, tomo VI, página 277 y siguientes, 1906; *Arqueología de San Blas, etc.*, página 255.

Los instrumentos considerados como cuchillos por la mayoría de los autores, procedentes de la región patagónica, y los que se han retirado de los yacimientos del litoral marítimo sur de la provincia de Buenos Aires, presentan, particularmente éstos últimos, caracteres propios, regionales. Comprendo en esta distinción a los constituídos por láminas planas y poligonales poco alargadas, con y sin retoques, y a láminas con trabajo secundario de importancia, en ambas superficies y bordes. Las formas predominantes, muy simétricas, son: ovals, amigdaloides, elípticas. Los caracteres, en conjunto, del instrumental a que me refiero, se acercan más a los que se atribuyen como típicos del paleolítico superior de Europa central y occidental, época auriñaciense, etapa de Chatel-Perron, que a las clásicas láminas planas y anchas Levallois.

Se puede indicar semejanzas de algunas formas con ejemplares análogos procedentes del litoral marítimo uruguayo, y particularmente con las amigdaloides, elíptica y oval. El grupo de los cuchillos asimétricos tiene que estar, desde luego, también representado. Unas y otras formas de este interesante instrumental se han determinado en la parte norte de Chile, Ecuador, Panamá, Yucatán, California, Maine, New-Jersey, Wisconsin, Missouri, Toronto, Alaska y otras localidades ¹.

Sierras. — Como es sabido, en este caso se trata siempre de la diversa adaptación de las láminas para la fabricación de instrumentos que, sin haber tenido un uso exclusivo, se diferencian entre sí por caracteres bien especiales.

Los ejemplares de sierra que he determinado en esta colección alcanzan al número de tres, bien reducido, por cierto.

Son láminas irregulares, planas, de distinto tamaño, en uno de cuyos bordes se ha realizado el retoque. En el ejemplar que aparece en la figura 3, los retoques han sido hechos en dos de sus bordes, siendo los del costado izquierdo de factura más neta.

De los tres ejemplares uno es de pórfido cuarcífero, y los otros dos de calcedonia.

La sección del borde con los pequeños dientes alcanza, en uno de los ejemplares, a 30 milímetros. El ejemplar mejor caracterizado lleva el número 22094 y procede del Cementerio de los Indios.

Con diverso criterio, en cuanto a los caracteres diferenciales entre los cuchillos y sierras y a la cuestión del enmangado de unos y otros instrumentos, se han ocupado provechosamente J. H. Figueira ² y F. F. Outes ³.



Fig. 3. — Sierra, Cementerio de los Indios, n.º 22094.

¹ MOOREHEAD, *Ibid.*, página 48 y siguientes, y la ya citada literatura.

² FIGUEIRA, *Ibid.*, página 171 y siguientes.

OUTES, *La edad de la piedra en Patagonia*, página 344. En el repertorio ilustra-

Verneau no trata de esta clase de objetos en su clásica obra sobre Patagonia.

Dada la rareza de estos instrumentos en nuestras estaciones paleolíticas y neolíticas, y particularmente en la Patagonia, donde aparecen con frecuencia las formas mustierenses, auriñacienses y solutrenses, con singular profusión e interesante variedad, creo que tienen importancia las consideraciones que a dicho respecto hicieron J. Evans y G. de Mortillet, y que comentaran Figueira y Outes entre nosotros.

« Estas consideraciones — dice Félix F. Outes — hechas a propósito de objetos si bien paleolíticos, idénticos a los neolíticos, es oportuno recordarlas en el caso de las láminas dentelladas de cabo Blanco. Participo de la opinión de Evans, de que se trate de verdaderas sierras, con las cuales los patagones cortaban a lo ancho, los huesos que destinaban a la confección de collares y brazaletes; las he ensayado prácticamente y he obtenido un resultado excelente. »

Perforadores. — José H. Figueira es el autor rioplatense que primero nos ha descrito instrumentos de esta clase; que ensayó una explicación de su uso y hasta una clasificación de las formas más constantes. Les llama taladros y agrupa en una lámina trece figuras (53-65 de la serie que formara en territorio uruguayo) ¹.

Posteriormente, describieron ejemplares recogidos en diversos yacimientos neolíticos de la Patagonia, los señores R. Verneau y F. F. Outes, como veremos más adelante.

Los ejemplares que forman parte de esta colección de la península San Blas, proceden del Cementerio de los Indios como del taller inmediato a la estancia de Buckland.

Son treinta y cinco ejemplares, algunos en fragmentos, pero que pueden determinarse como perforadores con toda seguridad.

Después de haber tenido en cuenta las clasificaciones de los perforadores americanos y especialmente la de Outes ², en el material que tengo a la vista pueden hacerse, a mi juicio, cuatro distinciones bien marcadas.

Tipo A: Base o pedúnculo, para el enmangado, de cuerpo resistente, constituyendo las dos terceras partes del instrumento; el ápice o extremidad cuidadosamente trabajada y de sección transversal, ligeramente angular. Los ejemplares, incluyendo los fragmentos, suman 25; predo-

do de Moorehead se citan ejemplares de sierras enmangadas, de diversos tipos, que forman parte de las colecciones norteamericanas. Véanse las noticias e ilustraciones sobre estos instrumentos en las figuras 134, 135, 136 y siguientes. W. H. Holmes, en su *Handbook*, explica el uso de estos instrumentos, página 325.

¹ FIGUEIRA, *Los primitivos*, etc., páginas 189 y 190.

² Véase *La edad de la piedra*, 347.

mina, en absoluto, la calcedonia, y sus tamaños varían entre 40 y 70 milímetros de largo (véase fig. 4).

Tipo B: Tres ejemplares de caracteres bien especificados, de 40 a 50 milímetros de largo. De aspecto grácil, base o cuerpo cóncavo, con extremidades en ligera forma de aletas y el ápice alargado, comprendiendo más de las dos terceras partes del instrumento, aguzado de una manera gradual y corte transversal del ápice, ligeramente anguloso. El ejemplar figurado, número 22044, como los otros dos han sido fabricados en calcedonia.



Fig. 4. — Perforador, tipo A, Cementerio de los Indios, n° 22025.

Tipo C: Fundado en tres ejemplares, dos de los cuales son los que están mejor caracterizados, pues el tercero, en fragmento, presenta, a la vez, algunas dentelladuras en las aristas que pudieron diversificar el destino del finísimo y admirable instrumento de piedra.

En cuanto a este tipo de perforador, que, por su gracilidad y perfecta factura en sus más mínimos detalles, hiciera dudar de su uso posible a cuantas personas lo examinaran, se presenta sin pedúnculo o base de enmangado aparente; como una ligerísima aguja de cuerpo cilíndrico y en las exactas proporciones que lo demuestra el grabado de la figura 6. El ejemplar figurado lleva el número 22091. El corte transversal de la lámina es ligeramente anguloso, el trabajo de retoque sumamente prolijo, y la extremidad superior de una agudeza sorprendente.

Todos los ejemplares se han fabricado en calcedonia.

Tipo D: Proceden cuatro ejemplares de este tipo, y los cuatro en fragmento, del taller inmediato a la estancia de Buckland, cerca de Punta Rubia Falsa.

Son de factura más grosera, de tamaño, en longitud, mayor a siete centímetros y de un cuerpo que comprende casi la totalidad del perforador. La base o pedúnculo es recio y sin escotaduras. El ejemplar reproducido está registrado con el número 22087. Este, como los tipos ya descritos, es de calcedonia.

Si bien es cierto que el número de ejemplares no es muy abundante, considero que no es dudosa la clasificación que acabo de proponer para los perforadores de esta colección.

Los diferentes tipos de perforadores descritos en esta memoria tienen también sus representantes, diré, en las series estudiadas por Figueira y



Fig. 5. — Perforador, tipo B, Cementerio de los Indios, n° 22044.

Outes. Después de las explicaciones que conozco sobre su uso, particularmente entre las poblaciones indígenas de América, me inclino a creer que, en general, se los adaptaba a un mango o ástil.

En el territorio de la República Argentina los ejemplares de perforadores han ido apareciendo desde que los exploradores han recorrido los yacimientos arqueológicos con algún cuidado, y desde ya puede afirmarse que constituyen, una clase de instrumentos que aparecen entre los elementos del *outillage* indispensable de los habitantes de la Patagonia y entre los indígenas del sudeste del territorio de los Estados Unidos, como lo hicieron notar varios autores.

Ya se ha dicho que los perforadores de piedra, con preferencia, han servido para horadar huesos, madera, valvas de moluscos, y aun las mismas rocas que ofrecen menor grado de dureza. La forma general de la lámina subcilíndrica y retocada de mayor a menor, y en algunos ejemplares con aristas algo más vivas, denota que podía ser muy eficaz para horadar mediante una hábil manipulación.



Fig. 7. — Perforador, tipo D, Cementerio de Punta Rubia, nº 22087.

« The simplest form of unhafted rotary drill is the pointed stone held between the thumb and finger tips and twirled back and forth (fig. 214), or an implement of somewhat T shape (fig. 215), held in the hand as a

¹ HOLMES, *Handbook of aboriginal american antiquities*, tomo I, capítulo XXXII, página 350.

² Figuras 210, 214, 215, y las que denomina « primitive method of drilling », en las páginas 354 y 355.



Fig. 6. — Perforador, tipo C, Cementerio de los Indios, nº 22091.

W. H. Holmes ¹ expresa : « The primitive drilling arts were of prime importance to the aborigines and are of exceeding interest to the student of primitive technics. Stone was rough carved by picking, pecking, chipping and gouging, where particular depth or relief were not called for, but for deep excavation and perforation the rotary processes were especially effective. »

Tratándose de ciertas formas de perforadores, de tamaño menor, como la mayoría de los ejemplares descritos en este estudio, que debieron utilizarse enmangados, Holmes nos describe de la manera que debieron manipularse, agregando al texto algunas ilustraciones interesantes ².

geimlet and twirled back and forth with pressure, producing the desired bore. The ordinary form of shafted revolving drill (fig. 216) is rotated back and forth between the palms of the hands after the manner of the fire drill, or between one palm and the thigh. These methods were in common use throughout America, and Mac Guire questions whether any other more efficient form of mechanical device for mounting and operating the drill pointing than this was in use among the tribes south of Alaska in pre-columbian times. Drawings representing drills, found in the ancient Mexican codices, all represent the one type (fig. 217). »

Tenemos, pues, en los yacimientos arqueológicos neolíticos de la Patagonia formas de un instrumental que aparece, con mayor frecuencia, en los territorios del sur y este de América del Norte, respondiendo a un procedimiento generalizado para la perforación ¹.

Warren K. Moorehead en su compilación parece seguir el criterio aconsejado por el *Committee on archeological nomenclature*, y agrega las formas irregulares.

Sean o no aplicables estas bases para la clasificación de los perforadores que hasta hoy se conocen como procedentes de América en general, la información iconográfica de Moorehead demuestra que los tipos de la colección Reinmann-Bücheler, todos están allí representados ². Por la homogeneidad en la forma y las rocas empleadas, son altamente interesantes los quince ejemplares que exhibe en la figura 109.

F. F. Outes no describe ejemplares de perforadores en su contribución, *Arqueología de San Blas*, y al referirse en su obra, *La edad de la piedra en Patagonia*, a estos instrumentos dice que, por entonces (1905), muy escasos eran los nuevos descubrimientos en Sud América ³. Pero una de sus observaciones acertadas, a mi juicio, es aquella, que atribuye al tipo B de esta clasificación, o sea al 7° de la que es autor, un predominio de caracteres sólo observados en la cuenca del río Negro. Sin considerarlos, por ahora, « exclusivos », es más prudente admitir como predominantes al norte de la Patagonia, o, si se quiere, en la cuenca del río Negro, a los tipos A y B de esta clasificación.

¹ Se han referido a esta clase de instrumentos de piedra Mac Guire, Mason, Abbott, Udden y otros.

² MOOREHEAD, *Ibid.*, tomo I, capítulo XII. Véase la lámina en colores, en la anteportada.

³ Las investigaciones arqueológicas de los últimos diez años al norte de Chile, Ecuador, Colombia y Venezuela y cuenca del Amazonas, sobre las que han aparecido algunas comunicaciones, no dan cuenta de hallazgos de esta clase, en número ni por sus caracteres estables, suficientemente especificados, que den pie a una observación comparativa. Se trata de las tareas que instituciones americanas dedicadas a las investigaciones prehistóricas, realizan en los dominios territoriales de sus respectivos países, y aun de instituciones estadounidenses que han venido a la América del Sud.

3. Puntas de flecha, jabalina, y bolas arrojadizas

Puntas de flecha. — En el cuadro general del material de instrumentos, armas y objetos de piedra, las puntas de flecha constituyen el número más importante, los tipos y variedades de mayor interés. Como ya advirtiera René Verneau en su obra *Les anciens patagons*¹, « les pointes de flèches de la Patagonie sont d'une facture extrêmement remarquable et il en est beaucoup qui peuvent se comparer aux plus belles pièces néolithiques de l'Europe. Elles sont toujours taillées sur les deux faces et soigneusement retouchées sur les bords et à la pointe. Leur symétrie est parfaite dans les plus grand nombre des cas, et leurs formes fréquemment élégantes ».

Estas apreciaciones se confirman si se tienen presentes a los nuevos ejemplares que, desde los viajes de H. de la Vaulx, se han recogido en los numerosos yacimientos de toda la extensísima región patagónica, tanto al norte como al oeste, y también en los amplios valles que constituyen las cuencas que la cruzan de oeste a este.

No creo que sea necesario volver a recordar los antecedentes sobre las clasificaciones de esta clase de armas, ni a los fundamentos de las distinciones entre puntas de flecha, jabalina y lanza².

¹ Página 271.

² Los que se propongan especializarse en estos problemas prehistóricos encontrarán en las obras de conjunto, de arqueólogos europeos contemporáneos, los primeros y más importantes ensayos de clasificación de puntas de flecha y jabalina, por ejemplo: los de J. Evans, J. Lubbock y A. de Mortillet. Pero son de mayor utilidad y aplicación las que han expuesto algunos escritores americanos: C. C. ABBOT, *The stone age in New-Jersey*, en *Report of the Smithsonian Institution*, 1875; ABBOT, *Primitive industrie*, 1881; T. WILSON, *Arrowpoints, spearheads and knives of prehistoric times*, 1899; W. H. HOLMES, *Stone implements of the Potomac-Chesapeake Tidewater province*, en *Fifteenth annual report of the Bureau of ethnologie*, 1897; y los autores que han descrito después a variadas series, sin mayor sujeción a ciertas reglas que pueden interpretar el desarrollo de las formas, entre las colecciones de estas armas, obtenidas en yacimientos de la industria neolítica de América del Norte, entre los cuales pueden citarse a Hawkes y Linton, sobre la cultura Pre-Lenape y de Parker, relativa a los primitivos Iroqueses, etc.

La exhibición de conjunto que ofrece W. K. Moorehead, de diversas procedencias, en su ya citada obra, tomo I, capítulo VI, no despeja, ni en sus grandes líneas, el problema de la más adecuada o posible clasificación. No son muy claros asimismo, los términos que tratara de divulgar la ya recordada comisión de nomenclatura arqueológica, en su informe a la Asociación Antropológica Americana.

Para el propósito que me guía prefiero contribuir a la confirmación de los puntos de vista expuestos y ensayados, primero, por Figueira en el Uruguay, y ampliadas, en parte, por Outes al estudiar el material procedente de la Patagonia. La clasificación que adopta Verneau, no es muy detallista, ni puede decirse que corresponda a

En este capítulo me ocuparé de las armas, o sea de las puntas de flecha, jabalina y bolas perdidas que forman el conjunto más valioso de la colección Reinmann-Büchele.

Para precisar mi pensamiento sobre estas cuestiones, diré que las principales y únicas distinciones que admito en esta clasificación de las series de estas armas neolíticas consisten : 1° puntas de flecha y puntas de jabalina ¹; 2° las puntas de flecha las subdivido en : a) sin pedúnculo; b) con pedúnculo; c) excepcionales ²; que idéntico criterio aplico para las puntas de jabalina.

Las puntas de flecha, de uso común, para las cacerías o la guerra, creo que deben tener un largo no inferior a 30 milímetros, ni superior a 70. Las puntas de jabalina considero que excederían, en la mayor parte de los casos, esta última cifra ³.

Las puntas de flecha inferiores a 30 milímetros de largo las considero de valor excepcional y porque sobre su uso no se conoce una demostración evidente ⁴. En esta última categoría estarán comprendidas, asi-

las ideas generales de los dos autores rioplatenses. Cita, exclusivamente, descripciones de usos y costumbres indígenas de la Pampa y Patagonia, observadas por Moreno y Ameghino.

¹ Por los fundamentos que expusiera F. P. Moreno, en su *Description des cimetières*, etc., en *Revue d'anthropologie*, tomo III, 1876; por los mismos comentarios de R. VERNEAU, en los *Anciens patagons*, página 268; y la contribución de F. F. OUTES, *La edad de la piedra*, etc., página 411.

² Sigo las ideas generales de J. H. Figueira y F. F. Outes, que constan en las ya citadas obras de ambos autores.

³ Véanse los fundamentos para análogas distinciones en FIGUEIRA, *Ibid.*, página 172, OUTES, *Ibid.*, página 37.

⁴ Puede comprobarse en FIGUEIRA, *Ibid.*, página 199; VERNEAU, *Ibid.*, página 270 y siguientes, que no las trata en particular, no obstante que la colección por él descrita reúne interesantes ejemplares de esa clase, y, por último, OUTES, en *Ibid.*, página 395, dice: « El ástil en que colocaban los patagones protohistóricos y modernos las puntas de piedra, era de caña, corto y liviano; de esa clase los vieron Pigafetta, Cavendish, De Noort, etc. Como es natural, todos los tipos de flecha fueron usados indistintamente para la caza o la guerra, aunque debo hacer una salvedad para aquellas de muy pequeño tamaño que, es indudable, no tuvieron objeto práctico, tanto más cuanto que los patagones jamás se dedicaron a la caza de pájaros. A mi entender, y así también en parte lo pensaba Lovisato, las mencionadas puntas tendrían un objeto votivo o sino quizá fueron utilizadas por los shamanes en sus exorcismos, en aquellas ceremonias públicas en que al enfermo se trataba de despojar del daño de que se suponía había sido objeto y para lo cual, después de una serie de manipulaciones ruidosas, enseñaban al auditorio una punta de flecha o un simple guijarro extraído del cuerpo del paciente y al que se atribuía la causa de la enfermedad. »

Los conjuntos admirables de pequeñas puntas de flecha, verdaderamente excepcionales, que han dado a conocer algunos autores estadounidenses, con diámetros de longitud mínima hasta de ocho milímetros — Brower, Murdoch, Grant Maccurdy —

mismo, las puntas de flecha excepcionales por su forma. Y, por último, dada la necesidad de precisar, en lo posible, la descripción y la terminología en estos artefactos, usaré, con preferencia, las de Figueira y Outes, que en muy poco coinciden con las que divulgan G. Fowke¹, primero, y W. K. Moorehead², después, en el capítulo de su obra dedicado a estas armas.

CLASIFICACIÓN DE LAS PUNTAS DE FLECHA³

I. Puntas de flecha, sin pedúnculo	Tipo A, elíptico. Tipo B, amigdaloido. Tipo C, triangular	Variedad <i>a</i> : equilátero, base recta.
		Variedad <i>b</i> : equilátero, base cóncava.
		Variedad <i>c</i> : isósceles, base convexa.
		Variedad <i>d</i> : isósceles, base recta.
		Variedad <i>e</i> : isósceles, base cóncava; subvariedad <i>e'</i> , bordes convexos dentellados.
II. Puntas de flecha, con pedúnculo	Tipo A, losángico.	Variedad <i>a</i> : limbo triangular, bordes convexos.
		Variedad <i>b</i> : limbo triangular, bordes rectos.
	Tipo B, sin alas	Variedad <i>c</i> : limbo triangular, bordes dentellados.
		Variedad <i>d</i> : limbo y pedúnculo trapecial, punta aguzada.
	Tipo C, con alas	Variedad <i>a</i> : limbo triangular.
Variedad <i>b</i> : limbo dentellado.		

no han podido ser fijadas en su verdadero destino. Pueden consultarse las descripciones de mayor contenido de material y de precisión científica en la clasificación de estos objetos : G. FOWKE, *Stone art*, en *Thirteenth annual report of the Bureau of ethnology*, página 143 y siguientes, 1897, y demás autores que citara Outes en su capítulo especial. W. K. Moorehead trae una demostración gráfica interesante sobre las series más ricas en ejemplares, excepciones por su tamaño y la extravagante distribución de sus líneas. Véase como este autor sintetiza las distintas versiones, *Ibid.*, 104 y siguientes.

¹ FOWKE, *Ibid.*, página 143.

² MOOREHEAD, *Ibid.*, página 100.

³ Esta clasificación tiene particularmente en vista las series de la colección Reinmann-Bücheler, y aun las descritas por Figueira, Verneau y Outes. He tratado de interpretar el desarrollo de la forma dentro de los caracteres propios de la punta de flecha, sin dar importancia a caracteres de detalle, inestables, debidos a un golpe inadecuado del retocador.

III. Puntas de flecha excepcionales	}	Tipo A, elíptico.
		Tipo B, sin pe- dúnculo { Var. <i>a</i> , base cóncava. Var. <i>b</i> , bordes dentellados.
		Tipo C, con pe- dúnculo { Var. <i>a</i> , limbo triang., sin aletas. Var. <i>b</i> , limbo triang., con aletas.
		Tipo D, limbo trapezoidal. { Var. <i>a</i> , sin pedúnculo. Var. <i>b</i> , con pedúnculo. Var. <i>c</i> , con aletas.
		Tipo E, limbo cilíndrico, con aletas y pedúnculo.
Puntas de jabalina	}	Sin pedúnculo { A, elíptico. B, lanceolado. C, triangular.
		Con pedúnculo { A, limbo elíptico. B, limbo triangular. C, limbo con aletas. D, pedúnculo cuadrado.

I. *Puntas de flecha sin pedúnculo.* — *Tipo A*: Como lo establecieron los dos autores rioplatenses, la elaboración de puntas de flecha, utilizando el material de rodados, tan abundante en la península San Blas, se ha iniciado, sin duda alguna, mediante el trabajo primario, con un perfeccionamiento de las formas generalmente elíptica y ovoide de las rocas.



Fig. 8. — Punta de flecha sin pedúnculo, tipo A, Cementerio de los Indios, n° 21006.

Si bien es cierto que las formas, y en este caso los ejemplares que considero, no representan una obra terminada, reúnen en sí, los *principales* caracteres de la clase de puntas de flecha sin pedúnculo, tendientes a las formas generalmente consagradas como primitivas: elíptica, lanceolada, amigdalóide, etc.

La colección Reinmann-Bücheler cuenta con seis ejemplares de calcedonia y pórfido; con diámetros mínimos y máximos de 40-60 milímetros¹. Proceden del Cementerio de los Indios.

Tipo B: Los ejemplares de este tipo son 24. El figurado en esta descripción es el más perfecto en su forma clásica, el que se ha obtenido de una roca cuarcítica. Los diámetros oscilan entre 40 y 50 milímetros. La mínima parte de los ejemplares provienen del taller contiguo al Cementerio de los Indios, y algunos del ubicado en La Pirámide.

Tipo C: Entre los ejemplares de puntas de flecha sin pedúnculo, puede considerarse al *tipo triangular* con sus variedades, un predominio

¹ Considero con preferencia el diámetro máximo.

casi absoluto, entre todas las del conjunto, indudablemente después de las puntas pedunculadas.

Los ejemplares de nuestra colección, en número de más de 200, distribuidos en *seis variedades*, están fabricados, el 80 por ciento, de calcedonia. También se anotan ejemplares de basalto y pórfido.

En las seis variedades los diámetros mínimos de largo llegan, como se ha establecido, a 30 milímetros, y los máximos a 70 milímetros.

Como en las distintas clasificaciones que he tenido en cuenta se trata de interpretar, a más de los caracteres generales propios del objeto y su destino, ciertos otros rasgos que le imprimen una evidente perfección, habiéndose seguido, en lo posible, una especie de evolución de la forma geométrica.

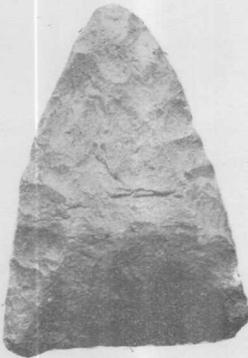


Fig. 10. — Punta de flecha, tipo C, v. a, Cementerio de los Indios, n° 21041.

la dirección o forma de los bordes y de la base.

Sin atender a las diferencias o singularizaciones de detalles que no siempre tienen valor intencional, aparecen ejemplares que se aproximan a un triángulo equilátero de base recta o base cóncava; como a las líneas ya más correctas del triángulo isósceles, de bases convexa, recta y cóncava. A cada una de las cinco variedades corresponden, a mi juicio, los ejemplares 21041, 21074, 21173, 21118 y 21232.

En la figura 15 (ejemplar n° 21254) tengo el ejemplar elegido entre tres análogos de la misma procedencia, de una subvariedad que, a mi juicio, representa una punta en triángulo isósceles, de bordes ligeramente convexos y base cóncava. Los caracteres específicos del ejemplar, consisten en la mayor perfección de sus líneas y en el retocado y dentelladura de sus bordes. Es el caso



Fig. 9. — Punta de flecha, sin pedúnculo, tipo B, Cementerio de los Indios, n° 21016.

Con este último propósito he tratado de seleccionar las principales variedades del tipo triangular; y después del tipo amigdaloides, que corresponde al primer paso, diré en el sentido de la fijación de los caracteres fundamentales de la punta de flecha sin pedúnculo, las otras variedades netamente triangulares se diversifican en

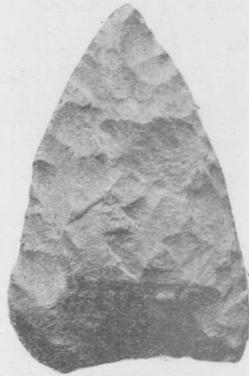


Fig. 11. — Punta de flecha, tipo C, v. b, Cementerio de los Indios, n° 21074.

de la aplicación acertada y habilísima del retocador. Éste, como la máxima parte de los ejemplares de formas triangulares, está hecho de

calcedonia, y uno que otro presenta en sus superficies, pequeñas regiones en sus limbos, de primitiva fractura. En otros ejemplares se advierte, asimismo, este fenómeno, pero de apariencia muy reciente.

De las anotaciones que poseo se deduce que la inmensa mayoría de los ejemplares descritos, proceden del taller contiguo al Cementerio de los Indios, y puede decirse de todos los ejemplares, que fueron encontrados cu-



Fig. 12. — Punta de flecha, tipo C, v. e, Cementerio de los Indios, nº 21173.

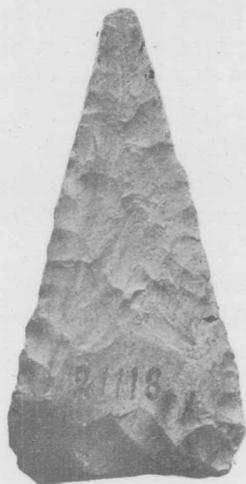


Fig. 13. — Punta de flecha, tipo C, v. d, Cementerio de los Indios, nº 21118.

biertos por las arenas de los médanos, o sea de los depósitos del estadio V, según Witte. De los otros yacimientos, particularmente del taller en La Pirámide, sólo se cuenta un 15 por ciento de estas puntas de flecha sin pedúnculo, amigdaloides y triangulares, incluyendo la de la figura 15.

II. *Puntas de flecha con pedúnculo.* — En este segundo grupo de la clasificación que ensayo, y de acuerdo con los puntos de vista de Figueira y Outes, y aunque sin entrar a los detalles de la clasificación de este último, considero que así como tenemos una forma imperfecta para iniciar la serie de las puntas de flecha sin pedúnculo, la que ahora me ocupa se inicia también, con láminas trabajadas en ambas superficies y con trazos del retocador que le imprimen o insinúan una forma nueva, que surge, diré, de una más primitiva o elíptica, y que después de ser amigdaloides o triangular, presenta una estrechez inmediata a la base, que divide la punta en dos partes : el limbo y el pedúnculo.



Fig. 14. — Punta de flecha, tipo C, v. e, Cementerio de los Indios, nº 21232.



Fig. 15. — Punta de flecha, tipo C, v. e, La Pirámide, nº 21254.

En las formas sucesivas se han de tener en cuenta, no sólo a las variaciones del limbo, sino a las más acentuadas y persistentes de las aletas, a la forma del pedúnculo que depende del carácter y profundidad de la muesca o escotaduras, y de la misma base del pedúnculo.

Tipo A : Fundo este tipo con 11 ejemplares de forma aproximada de losange.

Outes en su obra *La edad de la piedra en Patagonia*¹, considera a esta forma como la intermediaria entre las que se han descrito, pertenecientes a la primera categoría, y las que paso a considerar, o sea a las puntas con pedúnculo. Aunque dicho autor no dice de cuántos ejemplares dispone para fundar su tipo y aun las variedades, estos ejemplares que proceden de San Blas pueden servir para confirmar su suposición.

Los largos mínimos y máximos varían entre 35 y 60 milímetros. El 90 por ciento de los ejemplares son de calcedonia y provienen del taller de La Pirámide.

Tipo B : Este tipo de puntas con pedúnculo y sin aletas², forma un conjunto apreciable de ejemplares. Cinco de ellos proceden del taller inmediato a la estancia de Buckland, los restantes de La Pirámide. El ejemplar que se reproduce (fig. 17) proviene de dicho taller.



Fig. 17. — Punta de flecha, con pedúnculo, tipo B, v. a, Punta Rubia, n° 21528.

Estos ejemplares de la variedad *a*, son 65 y en su casi totalidad son de bordes convexos, directamente derivados del tipo A. Los diámetros varían entre 30 y 65 milímetros. En ésta como en casi todas las variedades de este tipo los pedúnculos son trapezoidales, con una ligera escotadura en la base. El material predominante, calcedonia. En la variedad *b*, el limbo es triangular (fig. 18, n° 21334), con bordes rectos. En los 185 ejemplares que se han recogido de La Pirámide, todos presentan caracteres muy homogéneos, correspondiendo al limbo las dos terceras partes del objeto. El pedúnculo, en todo caso,



Fig. 16. — Punta de flecha, con pedúnculo, tipo A, La Pirámide, n° 21261.

¹ Páginas 383 y 384.

² Voy a reproducir la explicación que ofrece Félix F. Outes en la parte de su descripción cuando se ocupa de este carácter de forma que es, a la vez, una modalidad de la técnica de fabricación de las puntas de flecha y jabalina; y la reproduzco, por la consideración que me merecen, para este caso, las expresiones geométricas. Dice Outes, página 381: « Así he obtenido tres grandes clases: la primera for-

es fuerte y con una ligera escotadura en la base. El 70 por ciento de calcedonia, y los otros de pórfido y cuarzo.

La variedad *c* está representada por 55 ejemplares. Predominan los diámetros en longitud de 40 milímetros, con el agregado de ser los bordes dentellados y los pedúnculos trapezoidales. En estos ejemplares el limbo se retrae para dar mayor expansión al pedúnculo.

Por último, en cuanto a la variedad *d*, está fundada en 19 ejemplares de calcedonia. El ejemplar figurado proviene del cementerio inmediato a la estancia de Buckland, y los ejemplares tienen de 30 a 50 milímetros de largo máximo.

La estructura del pedúnculo es trapezoidal, con ligero retoque en la base, pero el limbo presenta la extremidad aguzada, adquiriendo, a la vez, una forma también trapezoidal. Véase la figura 20, siendo el ejemplar número 21998, unos de los de tamaño mayor y caracteres más perfectos.

Para exagerar el valor de los caracteres especiales he preferido dar a dicha modificación, en la extremidad del limbo, la posición que he creído más oportuna, es decir, el de una variedad dentro del tipo B. Sólo considero en grupo aparte a estos artefactos cuando son excepcionales por el tamaño, o por su desvío de las líneas normales de la estructura, en los conjuntos de ejemplares de la misma clase, categoría o tipo, y a los cuales pueden denominarse aberrantes.

Tipo C: Se trata de ejemplares de puntas de flecha, con pedúnculo y aletas, y que comprende, por lo general, dos variedades, la primera *a*, con limbo triangular y la segunda *b*, con limbo dentellado.

mada por ejemplares cuya periferia corresponde más o menos a la de un losange; la segunda, que llamaré sin aletas, cuando la línea de la base del limbo forma ángulos rectos u obtusos con el eje central del pedúnculo, y la tercera, con aletas, si esa misma base forma ángulos agudos con el eje mencionado.»

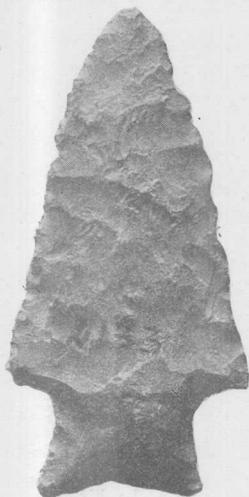


Fig. 18. — Punta de flecha, con pedúnculo, tipo B, v. b, La Pirámide, nº 21334.



Fig. 19. — Punta de flecha, con pedúnculo, tipo B, v. c, Punta Rubia, nº 21474.



Fig. 20. — Punta de flecha, con pedúnculo, tipo B, v. d, Punta Rubia, nº 21998.

En la colección que estudio, comprendiendo, bien entendido, a los ejemplares de 30 milímetros de diámetro mínimo, sólo encuentro representantes de este tipo y variedad *a*, pero no de la *b*. Esta variedad, que suele encontrarse en otras colecciones, aparecería, seguramente, en una nueva y prolija exploración de los yacimientos de San Blas. Outes las describe en las figuras 104, 105, 106, 107, 108 y 109, de su *Edad de la piedra*, etc.

III. *Puntas de flecha excepcionales*. — En cuanto a las puntas de flecha de tamaño menor, de 12-30 milímetros de diámetro, entre la línea de la base y el ápice, todos los ejemplares presentan sus caracteres bien definidos, no obstante la pequeñez de algunos, y la suma fragilidad de las rocas elegidas en otros, para su delicada manipulación.



Fig. 21. — Punta de flecha, excepcional, tipo A, La Pirámide, nº 21854.

Tenemos aquí, también, puntas con o sin pedúnculo, de limbo dentellado, de aletas desproporcionadamente grandes con respecto al limbo y al pedúnculo, etc., es decir, el grupo tercero de este ensayo de clasificación, o sea excepcionales por el tamaño y la forma.



Fig. 22. — Punta de flecha, excepcional, tipo B, v. a, La Pirámide, nº 21774.

Tipo A : La lámina, ya muy retocada y reducida a una porción pequeña, se define en esta categoría de puntas con contornos perfectamente amigdaloides. Los cuatro ejemplares son de calcedonia y tienen un largo que varía entre 25-30 milímetros. Proceden de La Pirámide. Se inicia con ésta las formas que pertenecen a las puntas de flecha sin pedúnculo.



Fig. 23. — Punta de flecha, excepcional, tipo B, v. b, La Pirámide, nº 21833.

Tipo B : Observando el mismo criterio que el aplicado para las puntas de flecha mayores de 30 milímetros, en esta categoría aparecen las formas triangulares, sin pedúnculo.

El tipo B presenta la variedad *a*, con bordes rectos y base cóncava, ejemplar número 21774; y la variedad *b*, número 21833, con la base cóncava pero los bordes dentellados.

En ambas variedades se encuentran modelos muy pequeños y entre las dos figuran 294 ejemplares. En su máxima parte proceden de La Pirámide.



Fig. 24. — Punta de flecha, excepcional, tipo C, v. a, La Pirámide, nº 21494.

Tipo C : Al limbo triangular, tendiendo hacia la forma de triángulo isósceles, se agrega en muchos casos una factura muy segura del pedúnculo.

Tratándose de piezas tan pequeñas, se notan ligeras variantes en las

proporciones y distribución de los caracteres del pedúnculo, pero en todas ellas predomina un limbo cortado rectamente, o en cambio, la disposición de las muescas convergentes le imprimen el carácter de aletas.

En esos caracteres se fundarán las dos variedades del tipo C, de las pequeñas puntas de flecha con pedúnculo.

Los ejemplares de este tipo proceden de La Pirámide.

Son 90 ejemplares, con largos entre 17 y 30 milímetros.

Tipo D : Variedad *a*. Sin pedúnculo, base cóncava, limbo trapezoidal y ápice acuminado.

El ejemplar 22017 procede de La Pirámide, fabricado de calcedonia. La variedad *b*, con pedúnculo, limbo trapezoidal y ápice acuminado. Número 22015, figura 27. Variedad *c*, de limbo trapezoidal, bordes cóncavos y con aletas, número 22008.



Fig. 25. — Punta de flecha, excepcional, tipo C, v. b, La Pirámide, nº 21994.



Fig. 26. — Punta de flecha, excepcional, tipo D, v. a, La Pirámide, nº 22017.

Tipo E : Se trata de un ejemplar sumamente interesante, obtenido en una calcedonia blanquizca transparente, de 28 milímetros de largo (fig. 29). Presenta un limbo casi cilíndrico, aletas y pedúnculo. Esta pieza estaba destinada, a mi juicio, a ser fijada en un ástil, y la disposición de las aletas para asegurar la aprehensión del objeto. Quedaría excluida la suposición de que fuese un ejemplar de perforador.

Puntas de jabalina. — De los 28 ejemplares de puntas de jabalina, tres proceden del taller inmediato al Cementerio de los Indios, los restantes al taller de Punta Rubia. Al primero pertenece el único ejemplar con pedúnculo que figura en esta colección.

Las variantes no son muy abundantes ni acentuadas y salvo tal cual pieza bien terminada, esta serie de armas amplían muy poco nuestros conocimientos sobre el instrumental perteneciente a las culturas neolíticas de la Patagonia en general.

Las puntas de jabalina, como las puntas de flecha, las he clasificado teniendo en cuenta ensayos anteriores y, desde luego, el propio material que debía considerar.



Fig. 27. — Punta de flecha, excepcional, tipo D, v. b, La Pirámide, nº 22015.



Fig. 28. — Punta de flecha, excepcional, tipo D, v. c, La Pirámide, nº 22008.

Y esos ensayos anteriores, me refiero a los de J. H. Figueira y F. F. Outes, trazan las dos categorías principales basándose en la ausencia o presencia del pedúnculo.

Se ha dicho también que estas armas, destinadas — según las suposiciones más corrientes — a la guerra, tienen, por lo general, un diámetro longitudinal máximo de 70 milímetros y un espesor, también mínimo,

que en el tercio medio inferior de la hoja debe presentar su mayor potencia, de 8-10 milímetros.

Entre las puntas de jabalina sin pedúnculo poseo, en esta colección, dos tipos:

Tipo A: De forma elíptico-lanceolada, con tallas muy groseras, obtenidas en rocas porfíricas, con diámetros de longitud de 70-90 milímetros.

Los tres ejemplares presentan los mismos caracteres de

factura y aparecen, en una de las caras, rastros de deflación. Sin que pueda atribuírsele mayor importancia, por ahora, a la localización de algunos caracteres, parece que los ejemplares mejor terminados, de líneas muy armónicas y proporciones simétricas, son los que proceden del Cementerio de los Indios. El ejemplar de la figura 30 número 22069, procede del taller del Cementerio de los Indios.

Tipo B: Son 24 ejemplares de forma triangular, bordes y base rectas, de 70 a 90 milímetros de largo y espesor, en el tercio inferior del limbo, de 8 milímetros, término medio. Los 24 ejemplares proceden del Cementerio de los Indios.

El ejemplar figurado lleva el número 22075.

Tipo C: Es un ejemplar obtenido de una lámina gruesa de basalto. No puede afirmarse que la pieza esté terminada, pues el pedúnculo aparece, podría decirse, ligeramente bosquejado, y los bordes muestran aún pequeñas superficies intactas, con restos de deflación.

En ninguna de las descripciones conocidas de armas neolíticas de la Patagonia se da a conocer ejemplares de puntas de jabalina de limbo triangular, bordes convexos y pedúnculo *imperfectamente* trazado. Debido a esta última circunstan-



Fig. 29. — Punta de flecha, excepcional, tipo E, La Pirámide, n° 22064.

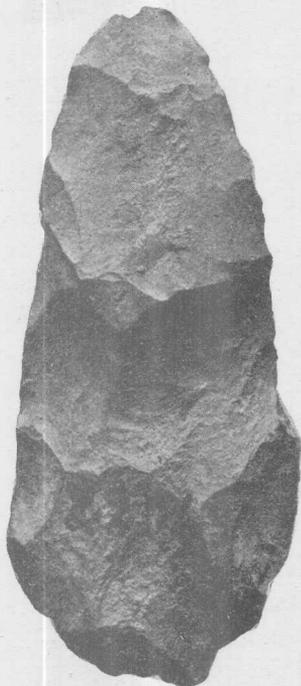


Fig. 30. — Punta de jabalina, tipo A, Cementerio de los Indios, n° 22069

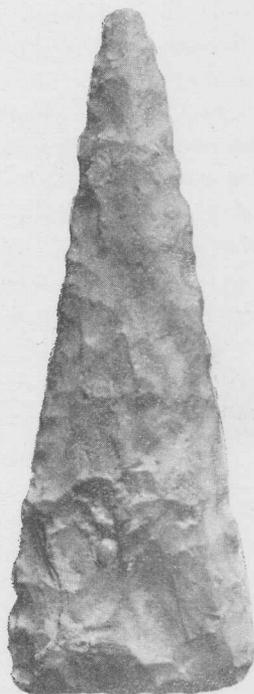


Fig. 31. — Punta de jabalina, tipo B, Cementerio de los Indios, n° 22075.

cia y a la de ser este ejemplar inconcluso, he creído, por ahora, señalarlo solamente sin dar la fotografía. La pieza tiene 70 milímetros de largo.

Después de la descripción de los tipos y variedades de puntas de flecha, especialmente las del grupo tercero o excepcionales, como las puntas de jabalina, y siendo algunas de las series relativamente reducidas, creo que, en todo caso, pueden considerarse como nuevos elementos confirmatorios de algunos de los caracteres de la evolución industrial de aquellos pueblos prehistóricos y protohistóricos.

He recordado, en párrafos anteriores, las principales contribuciones que describen materiales de la misma procedencia geográfica, debidas a autores nacionales y extranjeros. En dichas obras se han tratado de esbozar los distintos aspectos de esta arqueología y sus relaciones inmediatas, su determinación local, así como las relaciones temporarias limítrofes y generales en América ¹.

Bolas arrojadizas. — Entre las armas de piedra que considero una de las manifestaciones industriales originadas por las necesidades materiales del medio, y que aparecen con mayor frecuencia en las estaciones neolíticas de una considerable extensión del litoral fluvial y marítimo de los países del Río de la Plata, es la llamada « bola arrojadiza ».

Los ejemplares recogidos en los talleres y estaciones de los indígenas del norte de la Patagonia, y, particularmente, de San Blas, son de tamaño menor y mediano. No se conocen datos o noticias que puedan considerarse referibles a la presencia, por aquellos sitios, de grandes ejemplares de rocas esféricas, con o sin surco ecuatorial, parecidas a las descubiertas, repetidas veces, en las inmediaciones de los lagos Colhue-Huapi y Musters (gob. del Chubut), y de cuyo tipo se conservan algunos ejemplares en el departamento de arqueología y etnografía del Museo de La Plata.

No debo insistir en las demostraciones que F. P. Moreno, R. Verneau, M. del Lupo, F. F. Outes y otros autores han ensayado sobre el

¹ Las primeras, por las diagnosis de D'Orbigny, Strobel, Musters, Lovisato, Moreno, Ameghino, Burmeister, Lista, Ambrosetti, Hyades y Deniker, Beauvoir, Milanesio, Cojazzi, Verneau, Figueira, de la Vault, Outes, Dabbene, Ihering, Holmes, etc., comprendidas en obras especiales, que, sino exentas de omisiones, constituyen un paso muy franco en el sentido del progreso de estos estudios. Las segundas participan del carácter de obras de mayor alcance y de rico material de comparación, entre las que consideran al material de armas, con preferencia, las puntas de flecha y jabalina, como las de C. C. ABBOTT, *Chipped stone implements*, 1879; T. WILSON, *Arrowpoints, etc.*, 1899; G. FOWKE, *Stone art*, 1896; C. C. WILLOUGHBY, *Prehistoric burial places in Maine*, en *Peabody Museum Archaeological and Ethnological Papers*, tomo I, páginas 390-400, 1888-1904; W. HOLMES, *Flint implements, and fossil remains from a sulphur spring at Afton*, planchas 10, 12; y los últimos y ya numerosos tratados de vulgarización.

origen, uso, dispersión y caracteres de forma de esta arma de piedra, bajo una denominación de sentido tan amplio.

Sólo me propongo comunicar el número de los ejemplares y sus tipos, que constituyen esta colección de la península San Blas, y permitirme algunos comentarios.

Ante todo, debo llamar la atención sobre la presencia, en esta colección, de bolas arrojadas de forma natural; de tres ejemplares de un conglomerado calcáreo fino, esféricas, aunque con ligeras desigualdades; conglomerados procedentes, con toda probabilidad, de la formación de dinosaurios o de las areniscas araucanas del Río Negro y Chubut. En esos territorios suele encontrarse localidades en las que aparecen sobre la superficie por millares, como al norte de Challacó (F. C. S.).

Los ejemplares de bolas arrojadas, de carácter artificial, son 11.

Tipo A : Sin cintura, esféricas, de 60-70 milímetros de diámetro. Son tres ejemplares; uno de gabbro y los dos restantes de pórfido cuarífero. He creído innecesaria la reproducción en fotograbado de estos como de los modelos subsiguientes.

Tipo B : Semiesféricas, tres ejemplares, de pórfido y toba cuarífera. Surco transversal, con alguna semejanza al ejemplar esquematizado en la figura 136, de la obra de Outes¹. La factura del surco es grosera y está inconclusa en todos los ejemplares.

Tipo C : Tres pequeñas bolas con cintura ecuatorial muy fina, de 25 a 30 milímetros de diámetro mínimo. Están fabricadas en caliza parda amarillenta.

Manijas. — Dos ejemplares esféricos de caliza, que corresponderían a las bolas de tamaño menor. Tienen un diámetro que no alcanza a 25 milímetros, y en sus superficies se notan varias fracturas recientes.

Algunos de los ejemplares descritos presentan las superficies con marcados vestigios de deflación.

Ya he aludido a las explicaciones que estimo más satisfactorias sobre la procedencia y caracteres de esta arma.

Los antecedentes históricos y los datos comparativos reunidos por Félix F. Outes en su memoria *La edad de la piedra en Patagonia*, bastarían para una primera clasificación del material procedente de los *Kulturlager* de la Patagonia oriental. Pero deseo llamar la atención de los especialistas sobre algunas referencias relativas al origen y época probable de su uso entre las agrupaciones indígenas de los territorios al sur de la ciudad de Buenos Aires, que aparecen comentadas por este autor en su capítulo «Proyectiles arrojados».

Dice Outes². «Al ocuparme del hombre patagónico, he dicho que re-

¹ *La edad, etc.*, página 420.

² Página 427 y siguientes.

cién adoptó el uso de la «bola» arrojadiza en las postrimerías del siglo XVIII. Trataré de detenerme sobre este punto para disipar cualquier duda que pueda existir sobre el particular. »

En párrafos subsiguientes ordena el autor sus anotaciones histórico-cronológicas para afirmar que los patagones del sur del Río Negro no conocieron el uso de la bola hasta fines del siglo XVIII. «De modo, que el empleo de la «bola» para la guerra y la caza, es una práctica adquirida con plena seguridad en el contacto con los indígenas que vivían al norte del Río Negro ¹. »

Más adelante atribuye, con mejores fundamentos, el uso frecuente de esa arma — en la que pueden determinarse formas de especialización muy sorprendentes — a los complejos étnicos diversos desde distintos puntos de vista, de la región cisplatina, anteriores, contemporáneos y posteriores de la época de los descubrimientos, hispano-lusitanos, en el litoral fluvial uruguayo y argentino. Para terminar asienta su argumentación en la siguiente relación de hechos y su interpretación: «Destruídos los Querandíes en las luchas sangrientas que mantuvieron con los conquistadores y por el régimen brutal de las «encomiendas», las tribus de Puelches que habitaban al sur y al oeste del territorio en que vivían aquellos indígenas, avanzaron hacia Buenos Aires y frecuentaron en más de una ocasión el villorio reconstruido por Juan Garay. En una de esas visitas, realizada en 1599, el gobernador de las provincias del Río de la Plata, Diego Rodríguez Valdez y de la Banda, pudo observar que los indígenas usaban para cazar huanacos, la «bola perdida», en igual disposición que la empleada por los Charrúas, Beguáes y Querandíes. Es evidente, pues, que los Patagones en su contacto con los Puelches, adoptaron el uso de la «bola» arrojadiza ². »

Los fundamentos de esta explicación del origen, edad atribuida al uso del arma y distinciones étnicas en la Patagonia al norte y sur del río Negro ³, son de absoluto valor histórico, posponiéndose evidentemente,

¹ OUTES, *La edad*, etc., página 427.

² OUTES, *La edad*, etc., página 429.

³ Después de discutidas las principales cuestiones que encierran los párrafos transcritos, por autores tan avezados en el conocimiento y selección de textos como los señores Leguizamón, Outes, Cardoso y Lehmann-Nitsche, sólo nos corresponde declarar que, en cuanto a las atribuciones de edad, no nos satisfacen las que unos y otros hayan podido extraer como conclusiones del examen de los documentos.

Desde el punto de vista étnico — y sin querer dar mucha extensión a estas observaciones — será necesario aclarar qué se entiende por patagones y por puelches, y si bajo el segundo nombre deben comprenderse a varias agrupaciones étnicamente distintas, según T. Falkner.

Despejada esta cuestión habrá que admitir, como consecuencia, que varias de las agrupaciones de puelches (concepto geoétnico explicado por Falkner, en su obra

como en otras contribuciones sobre el mismo asunto, los elementos de juicio de valor arqueológico y estratigráfico. Quiero advertir, además, que no puedo considerar a los testimonios históricos como fundamentos casi exclusivos para establecer *en este caso*, la data cronológica relativa, que es, en realidad de verdad, el problema arqueológico debatido.

En cuanto a la interpretación que correspondería adoptar sobre la antigüedad de los restos del estrato cultural de San Blas, dentro del estado neolítico de la cultura de los pueblos del norte de la Patagonia, sería para mí otro el punto de partida. Tomando como base los caracteres tecnológicos del *complejo* de las manifestaciones industriales, sin desvincular a ninguno de sus elementos, por discutible que fuere su valor indicador, y relacionándolas con las demostraciones de valor geológico — estratigráfico — que en este caso el especialista ha afirmado que corresponde, por inferencia, a una antigüedad prehispánica¹, admitiría una *aclaración* documental pero menos categórica sobre el uso de las bolas arrojadas para fines del siglo XVIII entre los indígenas del sur del río Negro, desde que los del norte, que estoy considerando, vinculadísimos antropológica y ergológicamente a ellos, las conocían ya a fines del siglo XVI, como surge de la propia argumentación de Outes.

Considero atribución de edad más acertada aquella que vincula a *todas* las manifestaciones de las industrias neolíticas de la Patagonia — por el mismo valor de los términos y el de los objetos y armas consideradas como arquetipos — a los tiempos protohistóricos. Acepto, a la vez, que el uso de ciertas armas, se habría intensificado entre las agrupaciones que tuvieron como *habitat* más o menos permanente, las llanuras del sur y oeste de la actual provincia de Buenos Aires, y en las que se conocieron las especies animales, a las cuales se las destinaba por necesidad material. Las bolas arrojadas aparecen preferentemente en zonas o regiones donde, desde una antigüedad geológica reciente, se ha comprobado la existencia de restos de guanacos, ciervos, avestruces, pumas, etc., en una gran extensión y entre muchos pueblos de América.

Estas consideraciones generales sobre la dispersión de la bola arrojada, me recuerdan otras, que no debí interrumpir, y que se refieren a las puntas de flecha y jabalina, pero es claro, a las series de ejemplares de una y otra clase, que han sido descritas mediante los suficientes datos

A description of Patagonia, etc., pág. 99, 1774), ya sean del litoral marítimo o de los llanos, valles y mesetas en una enorme extensión de los territorios del sur, conocieron el uso de la bola arrojada: unas en el siglo XVIII y otras en tiempos muy anteriores. Pero todos estos supuestos están en un terreno admisible, y pueden examinarse como otros tantos hechos que explican la regla general, pero nunca para dar a la excepción un valor que no tiene.

¹ WITTE, *Ibid.*, página 66.

de procedencia y que han permitido interpretar algunos de los caracteres locales de nuestras culturas neolíticas.

A las noticias, pues, de F. P. Moreno, F. y C. Ameghino, en las que hicieron conocer los primeros tipos de las armas de piedra, descubiertas en esos territorios, suceden las descripciones más serias de E. H. Giglioli, M. del Lupo, J. H. Figueira, J. T. Medina, R. Verneau, F.

F. Outes, los autores de *Early man in South America* y H. H. Urteaga¹. En las últimas contribuciones constan todos los antecedentes que deben tenerse en cuenta para futuros estudios comparados y que tan sólo merecerían un agregado en aquellas referencias sobre el propio territorio del sur bonaerense.

Placas grabadas. — Los dos ejemplares de placas grabadas que forman parte de esta colección fueron recogidas en el taller de La Pirámide, por el señor Büchele.

El ejemplar número 22372 es de pizarra caliza arenosa, color madera. Un trozo de 10 centímetros de largo por 4 1/2 de ancho y 2 1/2 de espesor. Pulimentada, bordes romos y algo acanalada en la superficie en que aparecen los grabados. Está fracturada y ha sido restaurada pero sin retoque, ni agregado alguno. Los grabados son finos y se hacen muy poco perceptibles a simple vista, pero se advierten en los contornos guardas en forma de meandros irregulares.



Fig. 32. — Placa grabada, tipo D, La Pirámide, n.º 22370.

Tiene mayor interés el ejemplar número 22370.

Grabada en una de sus superficies, de pizarra calcárea margosa, color gris obscuro; de forma alargada pero natural, con sus contornos redondeados por frotamiento. Es el ejemplar reproducido en la figura 32 en tamaño natural.

¹ W. H. Holmes en la obra citada (colaboración de A. Hrdlicka, B. Willis, F. E. Wright y C. N. Fenner) y las distintas ampliaciones y comentarios que los dos primeros hicieron, y que sería excesivo recordar, se ocupa de los yacimientos arqueológicos de San Blas, en donde el doctor Hrdlicka estuvo y recorrió por algunas horas. F. F. Outes, publicó después: *Arqueología de San Blas* (provincia de Buenos Aires), 1907; *Sobre una facies local de los instrumentos neolíticos bonaerenses*, en *Revista del Museo de La Plata*, XVI (2ª serie, t. III), páginas 319 a 339, 1909; y *Sobre algunos objetos de piedra de forma insólita procedentes de Patagonia*, en *Physis*, I, páginas 378-380, 1914. El señor Urteaga se ha ocupado, acertadamente, de la bola arrojadiza, en su artículo *El ejército incaico: su organización, sus armas*, en *Boletín de la Sociedad geográfica de Lima*, XXXVI, 305, 1921.

La superficie grabada se destaca y los ornamentos, aunque de trazos finos, pueden verse sin ayuda de dispositivo especial.

Ambos ejemplares no presentan perforación ni vestigios de pintura.

En los yacimientos arqueológicos neolíticos de San Blas se había determinado, anteriormente, la presencia de estos objetos, tan interesantes como son, en realidad, para el conocimiento de los *Kulturlager* de esa región de la Patagonia, las hachas-insignias y las placas grabadas ¹.

Concretándome a la descripción del ejemplar más interesante, el de la figura 32, y con el propósito de contribuir a la clasificación que en lo futuro se trazará de estos objetos, considero que, desde el punto de vista morfológico, puede comprenderse en el segundo grupo del ensayo de F. F. Outes ², que define así: « El segundo comprende ejemplares entre otros, alargados, cuyas extremidades son redondeadas y de las cuales una parece ser más punteaguda que la otra. » Se basa esta categoría, en los caracteres esenciales que se advierten en algunos ejemplares dados a conocer por Verneau y de la Vaultx ³, Lehmann-Nitsche ⁴ y el mismo Outes ⁵.

El ensayo de Outes es útil, máxime cuando puede ser considerado como un primer paso hacia la clasificación de estos objetos, después de la revisión de todo el material conocido. Pero sobre los más persistentes y deliberados caracteres de forma y tamaño que los indígenas hayan podido fijar a las placas grabadas, considero que su verdadera clasificación debe fundarse, en lo posible, en las categorías de sus sistemas de grabados. En este último orden de ideas, Lehmann-Nitsche y Outes se han esforzado en ofrecer una base de posible aplicación.

Debo dejar bien establecido, ya sea para las hachas-insignias como para estas placas grabadas, que si bien son muy loables todas las tentativas de definir y precisar los elementos, combinaciones y cate-

¹ Véanse: F. F. OUTES, *Arqueología de San Blas*, página 268; R. LEHMANN-NITSCHKE, *Hachas y placas para ceremonias, etc.*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XVI (2ª serie, t. III), páginas 204 y siguientes, 1909; F. F. OUTES, *Las hachas-insignias patagónicas, etc.*, Buenos Aires, 1916; F. F. OUTES, *Las placas grabadas de Patagonia*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XXXII, página 611 y siguientes, Buenos Aires, 1916; R. LEHMANN-NITSCHKE, *Nuevas hachas para ceremonias, procedentes de Patagonia*, en *Anales del Museo Nacional de historia natural de Buenos Aires*, tomo XXVIII, páginas 409-426, Buenos Aires, 1916.

W. H. Holmes comunica la presencia en San Blas de un ejemplar de hacha, en el capítulo *Stone implements of the Argentine littoral*, de la obra *Early man in South America*, página 144, figura 138. El ejemplar presenta grabados, distribuidos en un registro que reúne dos guardas paralelas.

² F. F. OUTES, *Las placas grabadas, etc.*, página 612.

³ R. VERNEAU y E. DE LA VAULTX, *Les anciens habitants des rives du Collué Huapi (Patagonia)*, en *Congrès international des américanistes, XII^e session tenue a Paris en 1900*, página 137, figuras 17 y 18, París, 1902.

⁴ R. LEHMANN-NITSCHKE, *Hachas y placas, etc.*, lámina VI.

⁵ F. F. OUTES, *Arqueología, etc.*, figura 37.

rías de la ornamentación primitiva, no me sugestionan las explicaciones, por sagaces que fueren, de atribución ideográfica.

Este grabado en una como laja de pizarra calcárea, fracturada, a mi juicio, antes de ser incisa, presenta una serie de combinaciones ornamentales perfectamente coherentes.

Y sin pretender que he de suplir o aclarar con mi descripción, los detalles que pueden observarse en la figura, creo que se advierten, primero, una combinación de líneas en forma de reticulado que se distribuyen en dos cuerpos, en los extremos superior e inferior de la pieza; segundo, trazos de líneas más o menos horizontales no siempre de igual nitidez y corrección; tercero, registros transversales, en los que se advierten diversas combinaciones de líneas rectas, quebradas, paralelas, con trazos cortos y tan repetidos que cubren los espacios, algunos en orden rítmico, particularmente en el segundo registro, y, por último, sobre el campo reticulado inferior un motivo o figura altamente interesante. En los bordes se notan incisiones cortas y profundas.

No me atreveré a afirmar demasiado en cuanto a la antigüedad y sucesión de los posibles sistemas ornamentales que puedan distinguirse, por ahora, en las placas grabadas de la Patagonia ¹, pero considero que, en los ejemplares cuya ornamentación responde a un concepto coherente y representativo de un objeto real, en la máxima parte de los casos se advierte imitaciones de tejidos, de sus propios ornamentos, o de rasgos que tratan de reproducir algún objeto fabricado por el hombre, armas en general y las mismas hachas-insignias, es decir, de ornamentación eskeiomórfica.

En cuanto a la figura o tema principal de esta composición ornamental, creo más en la interpretación de un objeto que en el trazado de una combinación geométrica, y sin más reminiscencias de motivos mitológicos que los que se pueden atribuir, según las mejores versiones, a un origen puelche, por influyentes que sean, para algunos autores, ciertas otras infiltraciones — como la araucana — debido a la proximidad de las dos zonas de cultura. Cuando me ocupe, en páginas siguientes, de la ornamentación de la alfarería de San Blas, volveré a considerar estos mismos elementos de juicio para definir con mayor amplitud el carácter de esta cultura neolítica del noroeste de la Patagonia.

Además, fué en 1903 que el profesor René Verneau asentó que las placas grabadas debieron tener un valor de talismán ².

¹ Véanse los estudios de Ambrosetti, Lehmann-Nitsche y Outes, que examina detenidamente este último en sus revisiones y críticas.

² R. VERNEAU, *Les anciens patagons*, en página 302, expresa a propósito de estas placas: « Nous n'essaierons pas de chercher la signification de cette pierre gravée; l'imagination a le champ libre et nous crindrions de passer à côté de la véritable interprétation. Depuis que nous avons écrit cette phrase, mon opinion ne s'est pas

A partir de esta explicación, los profesores Lehmann-Nitsche ¹ y Outes ², han contribuído más bien a confirmarla, sino con fundamentos irrefragables, de absoluto valor probatorio, que no se conocen, por lo menos con razonamientos de valor etnográfico, que excluyen cualquier supuesto de un grave error de principio. Podré repetir, pues, — hasta que nuevos elementos de información nos expliquen, aun por inferencia, el carácter fundamental de ciertas instituciones primitivas y sus formas de exteriorización — que dichas placas grabadas han debido considerarse por los indígenas como amuletos.

Adornos labiales.— Las cuatro piezas de la colección Reinmann-Bücheler que me van a ocupar me llamaron la atención desde el primer momento. Sin abrigar duda alguna sobre la procedencia de los ejemplares, dada la intervención de los mencionados coleccionistas, sino todos, pero sí la que lleva el número 22098, figura 33, la consideré, *prima facie*, como *tembeté*.

Cuando, en esta misma *Revista*, el doctor Roberto Lehmann-Nitsche publicaba una breve noticia sobre *Botones labiales y discos auriculares de piedra* ³ etc., procedentes de la comarca noreste del territorio de Río Negro, mi curiosidad no quedó satisfecha al relacionar la certidumbre de las afirmaciones de este autor con los caracteres de los objetos y las costumbres de esos indígenas.

Voy a reproducir los párrafos de esta comunicación, en los que se plantea para esta parte del territorio argentino el problema de la existencia del *tembeté*: « Cuando, en 1900, estudiábamos — dice el autor — en varios museos etnológicos de Europa las colecciones americanas, llamó mucho nuestra atención una pieza conservada en el museo de la Sociedad geográfica y etnográfica de Zurich. Era un disco de piedra, blanquizco, tirando al verdoso gris, una de cuyas caras tiene un borde bastante saliente. No tan curiosísimo es la designación enigmática y el tamaño notable de la pieza, cuyo diámetro mayor es de 6,9 centímetros, como ante todo su procedencia: *Valle del Río Negro, Patagonia*, donde el objeto en cuestión fué hallado, en diciembre de 1884, por el señor Jorge Claraz, colono suizo que buenos años de su vida había pasado en la República Argentina, y especialmente en Patagonia, y que en colaboración con el señor Heusser escribió una monografía sobre

modifié. » Y más adelante agrega: « L'hypothèse qui j'ai émise plus haut, et qui consiste à voir en ces pierre des amulettes, pourrait se justifier par des comparaisons ethnographiques. »

¹ LEHMANN-NITSCHÉ, *Hachas y placas, etc.*, página 227.

² OUTES, *Las placas, etc.*, página 619.

³ Véase tomo XXIII (2ª serie, t. X), páginas 285-280, Buenos Aires, 1910. Las descripciones del doctor Lehmann-Nitsche, en este caso particular, no dejan de ser objetables. Se me ocurre que, sin perjudicar la claridad, pudo suprimir las digresiones comparativas.

la constitución geológica de la provincia de Buenos Aires. Al parecer, la aludida pieza era un adorno primitivo de los indígenas, destinada a ser llevado en el perforado labio inferior (*tembetá, botoque*) o en el perforado lóbulo auricular. Opúsose a esta interpretación la falta absoluta de otras piezas análogas en la indicada región, y la presencia de uno que otro ejemplar de tembetá en Chile, no nos parecía suficiente para afirmar que también en el norte de la Patagonia, sobre la costa atlántica, haya existido antaño tal costumbre bizarra. Resolvimos, pues, pedir datos sobre aquel objeto hallado por don Jorge Claraz, y esperar otros hallazgos, comprobantes de tal novedad etnográfica de Patagonia. El conocido americanista doctor Otto Stoll, catedrático de la Universidad de Zurich, tuvo la gentileza de remitirnos una descripción detallada de la interesante pieza susodicha y permitirnos su publicación. En lo que hace al segundo punto de vista, hemos esperado años, pero se cumplió nuestra expectativa: al efectuar, al principio de 1916, un viaje de estudio al valle de Río Negro, subvencionado por el Museo de La Plata, parábamos algunos días en Carmen de Patagones y en Viedma, al sur de este pueblo; conocíamos allá varias personas coleccionistas de objetos prehistóricos y etnográficos que por nada quisieron separarse de sus pasatiempos, pero que con el mayor gusto nos permitieron el estudio de todo lo que parecía importante. Al inspeccionar aquellas colecciones cuya cantidad es muy diferente, hallé, con gran sorpresa mía, la solución del problema referente a la pieza enigmática de Zurich; había, en realidad una época, en la cual los antiguos moradores de la costa atlántica, al norte de la desembocadura del Río Negro, usaban botones labiales y discos auriculares! carácter ergológico que relaciona a aquellos Patagones con ciertos indígenas de Chile, Bolivia y del Brasil.»

Los nueve ejemplares que describe Roberto Lehmann-Nitsche proceden de las estaciones del hombre neolítico del noreste de la Patagonia, ubicadas precisamente en el sector de costa atlántica comprendida entre la península San Blas y la desembocadura del río Negro. Y distingue este autor, entre las piezas que comunica, los «botones labiales de los discos auriculares».

Este y otros supuestos de carácter ergológico, con el agregado de pruebas semiplenas de valor antropológico sobre una corriente o influencia de los complejos étnicos del litoral mesopotámico y prepampeano sobre los de la Pampa y parte de la Patagonia, constituyen mi tesis en las explicaciones de las relaciones, migraciones e influencias entre los pueblos indígenas prehistóricos y protohistóricos de esa extensa región de nuestro país ¹.

¹ L. M. TORRES, *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*, en *Biblioteca Centenaria*, IV, 558 y siguientes, Buenos Aires, 1911.

No entraré, por ahora, a considerar este punto. La monografía que tengo en preparación lo trata con amplitud por considerarlo de importancia principal.

Cuando Ladislao Netto ¹ daba a conocer toda su excelente información sobre el *tembetá* (*pedra do labio*), sus formas diversas y su uso, particularmente entre los indígenas del Brasil, — con el agregado de observaciones sobre costumbres análogas o vinculadas con ella entre indígenas extrasudamericanos — decía: « Não antecipemos, porém, conclusões á que teremos de chegar sómente conduzidos pelos descobrimentos da Archeologia. Restrinjamo-nos, por emquanto, na orbita das hypótheses, e desta mesma orbita colhamos apenas o que mais irrecusable nos parecer ou nos auctorisar a crer a observação dos habitos, a similitude das inclinações e finalmente a analogia dos caracteres ethnographicos dos salvagens actuaes. »

Es, pues, la región cisplatina y una gran extensión del sureste de Bolivia y sureste del Brasil, la patria del tembetá en Sud América. Así lo determinan las más viejas descripciones de viajeros etnógrafos y los descubrimientos arqueológicos de la época actual.

No ocurre lo mismo con otras zonas de culturas prehistóricas o protohistóricas, como la que estoy estudiando.

A los nuevos hallazgos y las formas aberrantes que se han atribuido a determinadas categorías de objetos pertenecientes a las viejas razas sudamericanas, como en este caso ocurre con diversas familias de los puelches, de la clasificación de T. Falkner, muy escasas son las referencias histórico-etnográficas que pudieron ilustrarlas. A esa carencia de datos se debe que Outes en su *Edad de la piedra en Patagonia* ², no haya podido ampliar sus explicaciones sobre los usos y costumbres de los pueblos indígenas protohistóricos de la Patagonia, y solo fundándose en una versión incompleta del navegante inglés Francisco Drake ³, expresa lo siguiente sobre el uso de ciertos adornos faciales: « También los hombres de ciertos clanes protohistóricos, usaron un curioso adorno constituido por un fragmento de madera o hueso que se colocaba hora-

¹ LADISLAO NETTO, *Apontamentos sobre os Tembetás (adornos labiaes de pedra) da collecção archeologica do Museu Nacional*, en *Archivos do Museu Nacional de Rio de Janeiro*, II, páginas 105-163, 1879.

« Tembetá (de *Tembé*, labio, e *itá*, pedra) parece ser o nome com que era especialmente conhecido entre as nações americanas cisandinas o adorno de pedra, da gomma-resina, e (entre os Chiriguanos) de metal, que lhes pendia do labio. »

« A rodella de madeira que usavam e ainda hoje trazem os botocudos, mettida no labio inferior, e chamada, na lingua barbara daquelles selvagens, em grande parte anthropophagos, *quimua*, *guimú* ou *gnima*, e a que lhes pende das orelhas *guimatá*. »

² Confróntese página 258.

³ F. DRAKE, *The world encompassed*, páginas 49-50.

dando la ternilla de la nariz y otro fragmento que se ubicaba en el labio.»

René Verneau, que no trata esta cuestión, en su obra tantas veces citada en esta memoria, trae, sin embargo, en el parágrafo *Objets de parure*¹, una indicación breve y que, a mi juicio, el objeto a que ella se refiere podría ser uno de los adornos nasales, tan comunes entre los indígenas del litoral fluvial argentino. Dice Verneau: « Il ne reste plus à signaler qu'un morceau d'ambre (pl. XIV, fig. 14) découvert à Sauten, dans le Chubut; il mesure 23 millimètres de longueur. Soigneusement travaillé, il n'est pas cependant parfaitement cylindrique, car il présente une petite face plane. Le Patagon qui en était possesseur n'a pas pu ou cru devoir le perforer dans le sens du grand axe ou en travers. »

Considero como adorno labial (variedad del tembetá que conocieron los complejos étnicos del litoral fluvial argentino, uruguayo y brasileño) al ejemplar número 22098 de esta colección, procedente de San Blas.



Fig. 33. — Adorno labial, La Pirámide, n° 22098.

Esta pieza fué recogida en la estación o paradero de La Pirámide. Mide 10 milímetros de largo, por 5 de diámetro en la línea media del cuerpo cilíndrico, y la extremidad o cara interna, con una superficie más amplia, discoidal, de 8 milímetros de diámetro.

La extremidad diría distal, es cilíndrica, cortada con nitidez. Está fabricada de una roca sedimentaria, toba volcánica verdosa².

Otro ejemplar de esta misma colección y de procedencia inmediata, Cementerio de los Indios, está fabricado en una toba volcánica amarillenta, pero lo considero dudoso como adorno labial.

Sus características están no en su tamaño, peso o material, cuanto en la extremidad proximal poco adaptable al uso supuesto. Es el ejemplar número 22387, que, por ahora, no podría considerarlo como adorno labial por la razón indicada.

Como nuevos elementos y sólo por proceder de la misma localidad (facilitados por su propietario el doctor R. Lehmann-Nitsche) y, en este caso, sin dudas sobre su origen, agrego a esta breve noticia las figuras de otros dos ejemplares, a mi modo de ver, también adornos labiales³. El de la figura 34 es de toba volcánica amarillenta y pequeñas

¹ VERNEAU, *Les anciens*, etc., página 296; confróntese lámina XIV, figura 14.

² L. Netto en la explicación de las figuras de las láminas VIII y IX, indica para los ejemplares de las figuras 1, 4 y 7 rocas de color verde.

³ El señor Outes describe un fragmento cilíndrico y alargado de espato fluor muy bien pulimentado, procedente de la bahía Sanguinetti. Supone, Outes, que habría pertenecido a un collar o quizá fuera una *pendeloque*. Lo considero adorno labial. Véase figura 156, página 448 de su obra, *La edad*, etc.

manchas negruzcas, y el de la figura 35 de carbonato de calcio, de una columela de *voluta fusiformis*?

Durante las exploraciones en el litoral marítimo sur de la provincia de Buenos Aires, realizadas por el autor de esta memoria y el señor Carlos Ameghino, en el verano de 1913, fué descubierto en las inmediaciones de las barrancas y al pie de ellas, que se encuentran en la desembocadura del arroyo Malacara, partido de Lobería, un cilindro, prolijamente trabajado, de una lámina ósea de concha marina, de unos 25 milímetros de largo por 3 de diámetro, que supongo fabricada para adorno nasal. Entre los descubrimientos comunicados recientemente pueden anotarse, asimismo, los que comunica J. Gijón y Caamaño, verificados en las localidades de Cayambe y Cochasqui ¹.

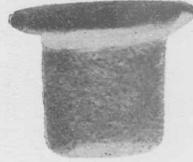


Fig. 34. — Adorno labial, San Blas, colección Lehmann-Nitsche.

Adornos auriculares? — Los adornos auriculares a que hicieron referencia Outes ² y Lehmann-Nitsche ³ estarían, según aquellas explicaciones, también representados en esta colección. Proceden del taller inmediato al Cementerio de los Indios y son 4 ejemplares un tanto fracturados. Los diámetros máximos se aproximan a 60 milímetros.

Como los ejemplares descritos y figurados por Lehmann-Nitsche, éstos están constituídos por discos de 9-11 milímetros de espesor, con profundos surcos, de más de 5 milímetros en la superficie de los contornos o periferia; algunos ejemplares son algo cóncavos en el centro, y sus bordes romos. El ejemplar de la figura 36, número 22380, es el de mayor tamaño. Procede de La Pirámide.



Fig. 35. — Adorno labial, San Blas, colección Lehmann-Nitsche.

La perforación central de dos de estos discos indicaría otro destino, tal vez posterior, que sería difícil de determinar.

En todo caso los discos o adornos auriculares de tamaño análogo y aun mayor que los de estas colecciones, que se conocen de uso en otras tribus sudamericanas, no presentan los mismos caracteres morfológicos; y no sería extraño, asimismo, que alguno de esos objetos no correspondieran a semejante categoría de adornos.

Collares. — Entre los adornos o abalorios que usaban estos indígenas pueden considerarse los collares de grandes y gruesos discos de piedra, micaesquistos cloríticos, de 25 milímetros de diámetro por 5-8 de espesor. Son 5 ejemplares de forma análoga a los que describe Verneau ⁴.

En el mismo párrafo de la obra que acabo de citar, se da noticia

¹ Véase, *Los aborígenes de la provincia de Imbabura*, 148 y 149, lámina XLI.

² OUTES, *La edad*, etc., página 449.

³ LEHMANN-NITSCHKE, *Ibid.*, páginas 4, 5, 6, 7 y 8.

⁴ VERNEAU, *Ibid.*, página 293, véase plancha XIV, números 6, 9, 12, 15 y 16.

de otras pequeñas láminas semidiscoïdales que han pertenecido a collares aun más pequeños.

En la colección que estudio se encuentran estas últimas también re-

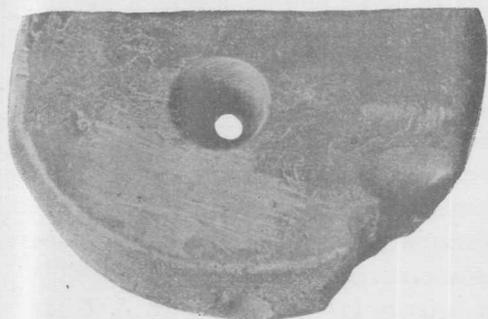


Fig. 36. — Adorno auricular, La Pirámide, nº 22380

presentadas en número de 27. Son irregulares, de tres milímetros de espesor, término medio, y de colores vivos, entre cuyos materiales se pueden determinar a los siguientes : amazonita = microdina, dureza $> 5,5$, verde claro con vetas rosadas, desconocida en nuestro país con este carácter ; pizarra clorítica muy verde, dureza ± 3 ; crisocola ? verde azulado, dureza ± 5 ; toba volcánica, verdosa y pizarra seriática gris. La amazonita es un cuerpo verdaderamente extraño, que sólo se conoce, según lo que se me informa, en Colorado, Estados Unidos de América.

Peso para el huso. — Este párrafo no puede ser muy rico en noticias y descripciones sobre una serie de objetos que, en Patagonia, no parecen muy generalizados.

Las memorias de carácter arqueológico, que he venido recordando, tampoco traen datos que hagan presumir en la práctica del llamado arte de tejer entre las agrupaciones indígenas de aquella región del país, tanto prehistóricas como protohistóricas.

Las noticias de los exploradores de la Patagonia muy poco traen sobre esta manifestación de la cultura de sus poblaciones neolíticas. Escasas fueron, al parecer, las piezas del ajuar doméstico que se conocieron entre los habitantes de los actuales territorios de la Pampa, Río Negro, Chubut y Santa Cruz, tejidas de lana de guanaco y aun de oveja.

En esta colección se cuenta con una sola pieza, que podría ser atribuida a un peso para el huso. Es de toba volcánica, color gris claro. Presenta una perforación en el centro del disco, de caracteres muy regulares. En la figura 37 aparece en tamaño natural, y correspondería al tipo primero del ejemplar que reproduce F. F. Outes ¹. Este autor ma-

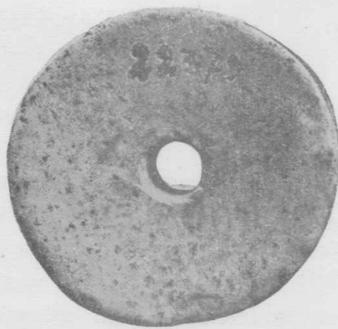


Fig. 37. — Peso para el huso
La Pirámide, nº 22373

¹ Página 446:

nifiesta la imposibilidad de establecer con precisión, para los puelches en general, desde qué época o etapa de su evolución cultural, inicióse el uso de esos objetos.

Pero no quiero dejar de llamar la atención, a propósito de las técnicas del tejido, que algunos de los ejemplares considerados en esta descripción entre los adornos auriculares, no sería extraño que hubieran correspondido a piezas de algún sistema de fabricar tejidos, de lana, fibras o tientos de cuero, etc., que nos sea absolutamente desconocido.

Algunos de esos discos presentan, como se ha explicado, profundos surcos en su periferia, y otros no; así en los pequeños como en los más amplios. Un ejemplar de pizarra ofrece las particularidades de presentar sus superficies ligeramente cóncavas, y el surco, en una de las secciones, está trazado de una manera muy superficial.

Objetos de destino desconocido. — La colección Reimann-Büchle comprende, también, un pequeño lote de objetos de piedra de uso desconocido.

Se trata de tres láminas prismáticas, triangulares, de basalto color rojo muy oscuro, de superficies ásperas, de bordes muy bien cortados; y de otros dos fragmentos de pizarra, uno de los cuales tiene forma trapezoidal, de contornos curvilíneos.

CAPÍTULO III

INSTRUMENTOS Y OBJETOS DE HUESO Y CONCHA

1. *Instrumentos de hueso*

1. *Punzón de hueso.* — Es un fragmento de hueso largo de ave, muy pulimentado y aguzado. Tiene 60 milímetros de largo, con una fractura en la base. Presenta, además, una superficie muy pulida y ligeramente rojiza.

2. *Retocador.* — En los ya numerosos tratados de prehistoria, encuéntranse capítulos en los que se explican, con bastante precisión, los diversos procedimientos observados para la fabricación de los instrumentos y armas de piedra.

Para no recordar sino a uno de ellos y prefiriéndolo por referirse a las industrias líticas de América, como por la misma claridad expositiva y gráfica, aun cuando no exento de omisiones, el del profesor W. H. Holmes, tiene un interés especial.

Entre las distintas etapas, diré, que pueden admitirse en el proceso de la talla por presión, particularmente en los objetos pequeños, puntas de flecha, entre otros, el uso del retocador se hace imprescindible.

Holmes documenta muy bien en las páginas de su manual, la manipulación que requiere tal cual propósito de tallado intencional, y creo que el uso más común del retocador, como el de la colección que estudio, es el comprendido en su explicación *d* ¹. «Flaking brittle stone held on a rigid surface or otherwise fixed by pressing off flakes with a bonepointed implement mounted in a long shaft, which is set against the chest or shoulder of the operator to increase the pressure, thus producing flake knife blades.»

Outes, en la obra ya citada ², dice que siempre supuso que los patagones fabricaron por presión sus armas e instrumentos de piedra, valiéndose de un *flaker* de hueso, y cita el ejemplo de los onas.

El objeto a que se refiere el autor es de hueso, probablemente de una astilla de la diáfisis de un metatarso de guanaco o de ciervo campestre. «El objeto de que me ocupo — dice Outes — presenta el curioso detalle de estar cubierta su superficie de cortes no muy profundos»...

El ejemplar de retocador que aparece en la figura, en tamaño natural, tiene muchas semejanzas con el que considera dicho autor. El que procede del yacimiento de La Pirámide es más completo.

3. *Cuentas de concha*. — En los talleres y cementerios de La Pirámide y Punta Rubia como en el de los Indios, se han encontrado muchísimos fragmentos de valvas de moluscos. Entre los restos aparecen innumerables fragmentos de discos perforados, y aun ejemplares completos, de tamaños diferentes y, en muchos casos, casi regulares.

En esta colección figuran 29, con diámetros entre 10 y 20 milímetros. Son muy pocas las piezas de collar que ofrecen proporciones regulares, y no están los artífices de estos abalorios a la altura de los fabricantes de puntas de flecha.

Las valvas corresponden al género *Pectunculus*. No han aparecido, entre los restos de moluscos marinos, ejemplares de *Urosalpinx Rushi*, Pilsbry.

4. *Residuos de cocina*. — Sin que las apariencias sean muy llamativas, en todo ese sector de costa, es muy común encontrar residuos de cocina. Esos residuos se hacen notar aún más en las proximidades o dentro del perímetro de los talleres y estaciones.

En esos sitios, y muy próximos a la costa del mar, se notan pequeños



Fig. 38. — Retocador, La Pirámide, nº 22097.

¹ HOLMES, *Handbook*, tomo I, página 305.

² *La edad*, etc., página 504.

amontonamientos de huesos, espinas, valvas, etc., entre los cuales se encuentran no sólo de animales marinos sino también terrestres, de las especies actuales, con algunas ausencias, según Witte, que más adelante trataré de verificar.

Hasta que dicho estrato de cultura no sea debidamente explotado, y los cementerios muy en particular, no puedo adelantar observación alguna sobre las condiciones y estado particular de los restos esqueléticos y las relaciones que los vinculan con el complejo de restos arqueológicos que he estudiado.

CAPÍTULO IV

CERÁMICA

1. *Procedencia de los ejemplares*

1. *Caracteres generales de los hallazgos.* — Por lo que pude observar en San Blas cuando realicé la excursión, y los antecedentes directos que conocía ¹, atribuidos a restos de vasos de regiones limítrofes, más las muy apreciables indicaciones de Büchele, verbales y escritas, la cerámica de estos yacimientos demuestra que sus fabricantes la destruían en el propio lugar, después de haberla usado, por algún tiempo. Esta costumbre era muy general entre los indígenas de América.

Tratándose del conocimiento de las culturas indígenas de América meridional, se han divulgado las primitivas versiones que atribuyen a los indígenas la costumbre de romper y dispersar los fragmentos de cerámica al abandonar las respectivas estaciones. Büchele ha recordado en un artículo publicado en *Neue Deutsche Zeitung*, que en San Blas, no obstante la gran cantidad de fragmentos, le fué siempre difícil encontrar dos o tres que pertenecieran al mismo vaso. Por otra parte, teniendo en cuenta los ornamentos grabados y sus variantes que no son, en manera alguna, indefinidos y no obstante la frecuente repetición de motivos en esos grabados no fué posible encontrar tres o cuatro piezas que permitieran ni una restauración parcial. Esta observación se ha realizado mediante pacientes ensayos de búsqueda en los tres talleres y estaciones más ricas en restos, por espacio de ocho años.

2. *Los vasos y sus fragmentos.* — El ejemplar más completo de todos los de por allí retirados, o tal vez el único que permita comprender la

¹ Las publicaciones de Moreno, Adams y Martín, Outes, Holmes, Witte y Büchele, que he citado en las páginas preliminares de esta monografía. En realidad, las dos últimas son las que han reunido el más rico conjunto de elementos.

forma aproximada del vaso, es el descubierto en el Cementerio de los Indios que reproduzco en la figura 39, en la mitad del tamaño natural. Forman parte de la misma pieza otros dos fragmentos del borde y cuerpo que no parecen corresponder en línea y superficie continua al que reproduce el fotograbado.

Lo considero de forma subcilíndrica. Su diámetro máximo en la parte del cuerpo habría alcanzado a 30 centímetros, más o menos. El cuello ha comprendido una tercera parte de la altura total y los bordes ligeramente dirigidos hacia afuera. Su color es negro.



Fig. 39. — Vaso subcilíndrico, Cementerio de los Indios, $\frac{1}{2}$ tamaño natural, n° 22368

La arcilla ha sido muy bien preparada, despojándola de cuerpos o partículas gruesas que siempre alteran su composición.

Restaurado, en lo posible, se pueden observar dos fracturas antiguas que, a mi juicio, han sido reparadas mediante las perforaciones que se ven a ambos costados y a derecha e izquierda de las grietas o fracturas. En todo caso, esta suposición me parece admisible para las dos perforaciones que están inmediatas a la boca del vaso.

La ornamentación está distribuída sobre el cuerpo y comprende la sección cilíndrica más estrecha y próxima a la boca. Se trata de series de elementos rectilíneos y sobre dos líneas paralelas, líneas cortas, en zigzag, trazadas por presión vertical y no oblicua. Por lo demás, en párrafos subsiguientes me ocuparé de los caracteres que he podido observar en esta ornamentación de la cerámica de San Blas.

Los fragmentos, entre lisos y ornamentados, grabados por incisiones, etc., forman un conjunto de 249 ejemplares.

Entre ese conjunto no se encuentran fragmentos pintados, y en los tamaños parece que predominaran los medianos. Las formas abiertas las considero excepcionales, y por la disposición de los bordes, la máxima parte de los vasos son subesféricos y derivados : con cuerpo y pie, y, en algunos casos, la ligera concavidad o estrechez de la boca le insinúa un cuello sumamente corto.

La casi totalidad de las piezas demuestran que la alfarería ha sido construída por el conocido procedimiento a rodetes. Y así dice, el señor Büchele, haberlo oído referir aún a algunos indígenas del Río Negro.

La arcilla negruzca, bien batida en unos casos, y aun en otros, algo mezclada con partículas de cuarzo, calcedonia, etc., permitieron a una hábil manipulación trazar los interesantes ornamentos de los cuales paso a ocuparme con la extensión que creo oportuna, dado el número de las piezas de cerámica con que cuento en esta colección.

Sobre la aparición de la cerámica como manifestación de cultura de los pueblos indígenas de la Patagonia, tenemos noticias antiguas y, particularmente, hallazgos arqueológicos que determinan, para ciertas comarcas de esos extensos territorios y los restos de poblaciones en ellas existentes, un estado francamente neolítico en su desarrollo, con marcadas muestras de especialización en los territorios del noroeste.

Y entre los estratos de la cultura neolítica patagónica el que mayor proporción ha ofrecido de restos de cerámica es el de San Blas.

Como bien se sabe, se han referido al uso de vasijas de barro cocido, por los indígenas de la costa atlántica, varios exploradores, desde R. Fitz-Roy hasta F. P. Moreno.

Las noticias circunstanciadas sobre el particular las han ordenado cronológicamente René Verneau ¹ y F. F. Outes ², en sus memorias especiales sobre la Patagonia, sus razas, pueblos, usos y costumbres.

Los autores que acabo de recordar han logrado revelarnos una serie de nuevos elementos de juicio y de aspectos no bien entrevistos hasta el momento de sus publicaciones, sobre las culturas australes de América del Sur, y con la ayuda valiosísima de los exploradores modernos, desde la época del viaje de Alcides d'Orbigny, han fijado con mucha justedad los puntos o cuestiones esenciales y abordables, hoy por hoy, en el conocimiento de los usos y costumbres de los patagones protohistóricos y modernos.

¹ VERNEAU, *Ibid.*, página 289.

² OUTES, *La alfarería indígena de Patagonia*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XI, serie III, tomo IV, página 33, Buenos Aires, 1904; OUTES, *La edad*, etc., página 260; OUTES, *Arqueología de San Blas*, etc., página 263 y siguientes.

Considerando el conjunto de observaciones de los arqueólogos sobre Patagonia en general, en San Blas tenemos pruebas de que allí se han combinado una serie de caracteres culturales, de tal manera fijos y especificados que no pudieron ser algo así como un episodio en la brusca transición que los pueblos indígenas tuvieron que operar después en sus hábitos, a principios del siglo XIX.

Particularizándose con la ornamentación de la cerámica ha dicho Verneau que es de carácter geométrico. « Le plus commun de tous est le décor en chevrons ¹. » Y Outes asienta: « Los ornamentos de éstas últimas (fig. 28-36) ocupan una faja situada junto al lado externo de la periferia, y consisten en líneas quebradas, rectas, que se entrecruzan, series rítmicas de pequeñas depresiones rectangulares, puntas alargadas, impresiones curvilíneas hechas con la uña y verdaderas líneas curvas (fig. 29 a 36). En algunos casos, los mencionados adornos se han grabado profundamente hasta dos milímetros, pero, por lo general, son más superficiales, y se han hecho mediante una simple punta aguzada, o ya valiéndose de un fragmento cuadrado de madera con el cual se ha ejercido presión oblicuamente para formar los grabados de las figuras 31 y 32, por ejemplo » ².

Por ahora es poco menos que imposible la determinación de un proceso en las formas de la cerámica de Patagonia; y la misma clasificación de su ornamentación, para llegar, alguna vez, a bosquejar las divisiones reales o posibles del período neolítico en nuestro país, partiendo del material que han proporcionado los estratos culturales de la región austral, tendrá que experimentar adiciones y correcciones continuas, por tratarse de una categoría de bases para dicha clasificación, que aquí como en Europa Central, han ofrecido graves dificultades de interpretación.

Esta cerámica con decoración grabada, por incisión y presión, en general, es la que ha presentado mayores inconvenientes y la que, por sus mismos cánones primitivos, parece la más importante y abundante en Europa de los tiempos neolíticos; lo mismo puede decirse que ocurre con la cerámica de las primeras etapas de transición del estado paleolítico al neolítico de la América del Sur.

En efecto, en estos restos encuéntrase diversos aspectos tecnológicos, mediante los cuales, en ciertos casos, el artífice ha logrado, verosímilmente, revelar una tendencia, y hasta imitar una forma natural o artificial, imprimiendo cierto carácter al proceso local.

Se encuentran motivos rectilíneos, curvilíneos y sus derivados; aislados, en registros o en zonas. La decoración parece comprender sólo el

¹ Página 291.

² OUTES, *Arqueología de San Blas*, páginas 267 y 268.

cuerpo del vaso hasta la boca y sobre la línea ecuatorial, pero rara vez con la amplitud de la decoración incisa del grupo clásico denominado «vasos caliciformes», de la cerámica neolítica europea.

Los motivos ornamentales predominantes se distribuyen en zonas, por lo común bien delimitadas. Suelen presentarse espacios interlineales punteados, cuadriculados, espiralados, etc.

Los contornos de las líneas principales y la distribución de las secundarias, con los diversos elementos fundamentales de esta ornamentación, suelen bosquejar un objeto fabricado por el hombre y, a mi juicio, hasta la imitación de los tejidos de lana y fibras vegetales que si bien fueron poco conocidos, al parecer, les ofrecieron nuevos modelos que imitar o

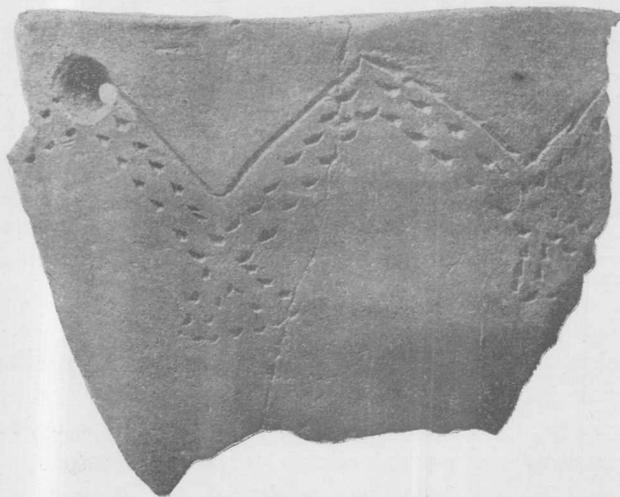


Fig. 40. — Grabados incisos, de carácter primitivo
Cementerio de los Indios, nº 22118

interpretar. Puede admitirse, verosímelmente, la posibilidad de influencias extrañas en el concepto del adorno como en la habilidad técnica para ejecutarlo.

Bien, esos diferentes motivos de la ornamentación de la alfarería los ejecutaron en una pasta un tanto grosera, pero también en arcilla muy fina y blanda, mediante los procedimientos de la *incisión*, de trazos plenos o punteada, cuadrada y circular, continua o alternada¹; del grabado por *presión*, en bajo y alto relieve, y por presión vertical, en líneas rectas y curvas gruesas, simples y dobles, horizontales, en zigzag, y sus combinaciones (fig. 41 y 42)². No he podido reconocer, no

¹ Estos ejemplares son muy comunes en esta colección. En los de la figura 40, aparecen sus primitivos elementos combinados.

² Véase las figuras 31 y 32 de OUTES, *Arqueología*, página 266, y de esta monogra-

obstante toda mi buena disposición de ánimo, impresiones de cordele-
ría, ni cestería, etc. Las impresiones unguiculares son muy comunes
y variadas y aparecen en combinación con los anteriores elementos y
en desigual intensidad ¹.

Este complejo, diré, de caracteres ornamentales reunidos, constitu-
yen el valor indicador de la cerámica de los yacimientos de San Blas;
pero así como en todo ese conjunto se advierten elementos combinados
que contribuyen a fijar cierto « estilo » propio de la Patagonia, de su



Fig. 41. — Ornamentación por presión
Cementerio de los Indios, nº 22146

zona noroeste, supongo que algu-
nos de esos « cánones » podrían ser
atribuidos, como lo voy a proponer,
unos a épocas anteriores, del co-
mienzo de la evolución neolítica, y
otros a manifestaciones posibles
de un orden más avanzado y mo-
derno desde el punto de vista de
la técnica de la ornamentación.

Advierto que en algunos ejem-
plares de esos fragmentos de cerá-
mica aparecen reminiscencias de
los grabados incisos primarios y

otros que bosquejan, en ciertos modelos, figuras de objetos fabricados
por el hombre, que también aparecen en las placas grabadas, y hasta
imitaciones de las hachas insignias patagónicas ². Los primeros, y tal
vez los segundos, serían para mí los modelos de la ornamentación de la
cerámica patagónica que provienen de las primeras etapas.

En cuanto a los elementos más modernos, considero serían aquellos
que demuestran una ejecución muy segura de la técnica de presión, es-
pecialmente vertical; en bandas horizontales y en las que pueden verse
imitaciones de tejidos ³, y aun de algunos ejemplares en que el modela-

fia ejemplares elegidos de un conjunto muy numeroso y homogéneo. Holmes repro-
duce en la descripción de los objetos de San Blas, varios fragmentos de estos últi-
mos caracteres; véase la lámina y la descripción, página 151.

¹ Véase el ejemplar de la figura 45 de esta monografía y el de la 35 de la mono-
grafía de OUTES, *Arqueología de San Blas*, página 267.

² Confrontar las figuras números 44 y 45 de esta contribución con la que publica
Holmes, lámina 15, segunda inferior, a la derecha, con los grabados de las placas
publicadas por VERNEAU, *Les anciens patagons*, etc., XV; OUTES, *Placas*, etc., pági-
na 12 a y b, 13; LEHMANN-NITSCHÉ, *Hachas y placas*, etc., páginas 21, 22, 24, 25,
26, 36, 38.

³ Considero comprendido en esa categoría el fragmento 22146, que en la colec-
ción que estudio está muy repetido, así como otros de ornamentación muy aná-
loga.

do comienza a manifestarse, como consecuencia de esa técnica de presión vertical, en una superficie, por reducida que fuere ¹.

Entre los fragmentos de esta serie no existen ejemplares pinta-



Fig. 42. — Ornamentación por presión
Cementerio de los Indios, n° 22262



Fig. 43. — Ornamentación incisa, eskeiomórfica
Cementerio de los Indios, n° 22178

dos, ni grabados o pintados en la superficie interna. No se encuentran asas, ni vestigio alguno de plásticas, ya sea como vasos completos, o mucho menos como aditamentos ornamentales de los mismos. Tam-



Fig. 44. — Ornamentación incisa,
eskeiomórfica, Cementerio de los
Indios, n° 22147.

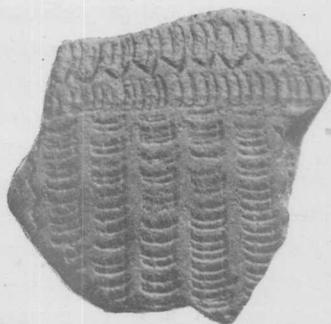


Fig. 45. — Ornamentación por impresio-
nes unguiculares, Cementerio de los
Indios, n° 22251.

co se hallan pequeños pies en forma de mamelones, pero son varios los ejemplares con perforaciones que considero destinados a la suspen-

² Confrontar, OUTES, *Arqueología de San Blas*, figura 32, en nuestra colección existen pocos pero interesantes ejemplares.

sión, aparte de aquellos especialmente destinados a la reparación de fracturas.

Las diversas observaciones que he dejado expresadas, con respecto a la cerámica, creo que podrán contribuir a la determinación del valor de los restos de cultura de la península San Blas; a la de sus relaciones inmediatas, primero, con la corriente del sur, a mi modo de ver, más primitiva, y a la que considero muy relacionada con la de Miramar, y, segundo, a las de las mediatas, o sean las culturas de las planicies orientales de las sierras de la Ventana y Tandil, tal como las bosquejara en una síntesis anterior ¹.

TERCERA PARTE

Resumen general

CAPÍTULO I

OBSERVACIONES ARQUEOLÓGICAS

El conjunto de los caracteres típicos de la cultura revelada por los restos reunidos en los talleres, estaciones, enterratorios, etc., de San Blas — a los que habría que agregar unos vestigios de pequeñas láminas de cobre y aun un pequeño aro de este mismo metal, todos ellos de escaso valor indicador, — opino que corresponden a un franco y hasta definitivo estado neolítico.

Fundado en diversas anotaciones estratigráficas sobre la posición de los yacimientos y tal cual carácter que denuncia la prolongada estada en aquellos sitios de una población numerosa, no sería impropio admitir que esa evolución, dentro de los elementos que la han constituido, se habría manifestado, desde épocas muy próximas al momento histórico de la conquista del territorio por los europeos.

Como ya se ha supuesto para una extensa zona de la Patagonia, será posible demostrar, en breve, las más importantes superposiciones de *Kulturlager*; y por lo que es evidente en la costa marítima bonaerense desde el cabo Corrientes para el sur, hasta la desembocadura del río Negro, incluyendo su tercio inferior, han existido por lo menos tres yuxtaposiciones de culturas diferentes, en una *probable* sucesión cronológica que, por ahora, comprendo así: 1^a la de Miramar, planicies y

¹ Véase TORRES y colaboradores, *Manual*, etc., página 48.

mesetas patagónicas; 2ª la del valle del río Negro inferior y península San Blas; 3ª la más generalizada y epígona de la rionegrense, o sea de las planicies al sur y al oeste del río Salado, comprendiendo un sector del litoral marítimo de los partidos de Necochea y Tres Arroyos.

La cultura a que me refiero, que comprende, como etapa neolítica final, la de San Blas, pertenece en su plenitud a los tiempos protohistóricos, es decir, a los primeros tiempos de la conquista de nuestro territorio por los europeos.

El proceso cultural, de manifiesto en San Blas, lo considero producido en la localidad, con algunas manifestaciones de extrañas procedencias. Que por ahora no se pueden atribuir a los indígenas de San Blas una preferencia en la fabricación de ciertas formas de instrumentos, armas u objetos. Que ellas corresponden, en general, a los tipos patagónicos, y se diferencian de los tipos bonaerenses del centro y sur, con similitudes que son una consecuencia de la adaptación al medio geográfico y al carácter americano de algunos instrumentos y armas del ciclo de transición entre los estados paleolítico y neolítico.

En este estrato cultural de San Blas, con la etapa posible que indicara el doctor Witte, se advierten reminiscencias primitivas que habrían que atribuirles a pueblos y culturas de la zona más austral y precordillerana, y otras más modernas como resultado de sus vinculaciones con los pueblos bonaerenses.

Por último, y como contribución a lo que ya se ha logrado establecer sobre estas cuestiones arqueológicas, el estrato cultural de San Blas presenta grandes similitudes con las formas especializadas de instrumentos y armas neolíticos que arqueólogos estadounidenses han descrito como procedentes de las regiones del sur y sudeste de América del Norte.

El período neolítico de la Patagonia, en general, ha sido de un prolongado desarrollo, y estas nuevas observaciones sólo aspiran a confirmar los distingos y ensayos de interpretación en sus etapas, trazados por autores nacionales y extranjeros que primeros lo han estudiado.

CAPÍTULO II

OBSERVACIONES ÉTNICAS

Si bien está a las claras que, en cuanto a las manifestaciones de cultura, los grupos étnicos que tuvieron su habitación al sur y oeste del territorio bonaerense, habían llegado en su casi totalidad, a un estado neolítico, con ligeras variantes en los medios de adaptación, y que la descripción de los restos de sus industrias ha confirmado suficiente-

mente, no es menos cierto que aquellos pueblos de la Pampa y Patagonia, nómadas en su máxima parte, no hablaron un mismo idioma.

Varios autores modernos, que poseen un conocimiento muy serio de las fuentes histórico-etnográficas, relativas a los pueblos, usos y costumbres del extremo meridional de los territorios de Chile y Argentina, han puesto al servicio del esclarecimiento del problema de la clasificación étnica, toda su actividad investigadora.

Y entre nosotros han contribuído al progreso de estos conocimientos Roberto Lehmann-Nitsche ¹, y Félix F. Outes ².

Sin que me proponga discurrir sobre el grado de mayor riqueza de elementos aportados, de acierto en los procedimientos y de seguridad interpretativa de los primeros que ensayaron esta clasificación, como de los novísimos autores — que los lectores informados al respecto conocen — la síntesis de unos y otros puede corresponder al capítulo final de una monografía de esta naturaleza.

No puede haber duda, después de lo establecido por la etnología moderna, que será necesario, cada vez que fuere posible, proceder a la substitución de las « designaciones geográficas » de los grupos étnicos, por la nomenclatura que responda a una distinción de carácter lingüístico. Conviene que así sea, aunque para lograrlo deban mediar de toda suerte de ensayos, con exceso o escaso aparato erudito, o por sutiles o frágiles que sean algunas, sino las más de esas « inofensivas investigaciones lingüísticas ».

Roberto Lehmann-Nitsche se ha propuesto explicar en su última contribución, en qué se fundan los principales equívocos — porque en materia de clasificación étnica de los indígenas de la Pampa y Patagonia, parece que los hubiera de distinta importancia — y aunque al examinarla tuviéramos que entrar a reflexionar sobre los mismos vicios de razonamiento, será de equidad prestar atención a sus apreciaciones.

« Indios patagones », se denominaron, por los improvisados etnógrafos de la primera época, a los habitantes de los territorios al sur del río Negro, posteriormente, o sea para la época de Tomás Falkner, quedaron comprendidos en esta designación, aun los que merodeaban por las pampas, al sur y sudoeste de la ciudad de Buenos Aires.

Esa designación geoétnica de contenido tan amplio, fué substituída

¹ ROBERTO LEHMANN-NITSCHÉ, *El grupo lingüístico Tshon de los territorios magallánicos*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXII, páginas 217-276, 1914; LEHMANN-NITSCHÉ, *El grupo lingüístico -het de la Pampa argentina*, en *Anales de Sociedad científica argentina*, LXXXV, página 324 y siguientes, 1919; LEHMANN-NITSCHÉ, *El grupo lingüístico « Het », de la Pampa argentina*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, páginas 10-85, 1922.

² FÉLIX F. OUTES, *Vocabularios inéditos del Patagón antiguo*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XXI, página 474 y siguientes, 1913.

por otra, también de valor geográfico, me refiero a la denominación puelche. Con ella distinguía el padre T. Falkner, a numerosas agrupaciones que representaban unidades lingüísticas diferentes. Lehmann-Nitsche lo ha reiterado sin esfuerzo de argumentación.

Así, pues, entre los puelche o *gente del este*, según la designación de los araucanos, quedaban comprendidas las tribus de los actuales territorios, al oriente de la cordillera, desde el río Primero de Córdoba y sus adyacencias, hasta el estrecho de Magallanes. El propio Falkner hace notar que no todos los puelche hablaban el mismo idioma, y particularizándose con los tehuelhet o gente del sur — denominación del idioma het — afirma que tenían un idioma diferente del corriente entre los otros puelche; «y esta diferencia — agrega — no sólo se encuentra en los vocabularios, sino también en sus declinaciones y conjugaciones, no obstante que algunas veces están usadas por ambas naciones»¹.

Cincuenta años después el naturalista Alcides d'Orbigny aplica la denominación puelche con mayor precisión, a los indígenas que habitaban las riberas del río Colorado y Negro².

La tentativa final, o diría actual, consiste, como se ha dicho, en precisar las diversidades lingüísticas; y sea cual fuere la suerte de las posibles comprobaciones a que tendrán que someterse, nuestros pobladores de la península San Blas, comprendidos deben quedar entre esos puelche.

Avanzando en el sentido de la individualización diré, de las unidades lingüísticas del grupo puelche, Lehmann-Nitsche asienta³:

« Pero nadie, hasta la fecha, se ha dado cuenta que el *-het*, es un idioma especial, independiente del idioma *-che* y del idioma *-künnü*, que representa la lengua autóctona del sur y sudoeste de Buenos Aires, la que se extinguió al fin del siglo XVIII. »

Dice Falkner — asimismo — en uno de los pasajes del capítulo IV de su libro, que los puelche se llaman de diferentes modos, según la situación de sus tierras o porque en su origen eran de generaciones diferentes. Los que se hallan hacia el norte llevan el nombre de taluhet; al sur y oeste están los dihuihet; al sudeste los chechehet.

Las tribus de chechehet, vivieron hasta fines del siglo XVIII, según se afirma o se infiere de ciertas relaciones de aquella época, manteniendo, en lo admisible, su estructura y unidad lingüística y tribal. Se comprende que, disgregados después, se habrían incorporado a las poblaciones

¹ T. FALKNER, *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas, etc.*, en *Biblioteca Centenaria*, I, páginas 98-99, 1911.

² A. D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, II, página 228, 1843. Véase LEHMANN-NITSCHÉ, *El grupo lingüístico «Het»*, página 24.

³ LEHMANN-NITSCHÉ, *Ibid.*, página 23.

de indios afines y aun a los núcleos de los primeros villorrios españoles. Según Falkner y su intérprete, Lehmann-Nitsche, tuvieron sus aduares sucesivos en los territorios comprendidos entre los ríos Sauce Grande y Negro; o mejor dicho, en las inmediaciones y siguiendo las riberas de los ríos y arroyos que desembocan en el mar, en el amplio sector de costa comprendido entre los recordados Sauce Grande y río Negro.

Eran, los chechehet, altos y bien desarrollados, como sus vecinos los tehuelhet, pero su idioma es diferente, asegura Falkner.

Sus incursiones se dirigían, con preferencia, hacia el norte, hasta merodear por las cercanías de los pueblos y caseríos inmediatos a la ciudad de Buenos Aires, en busca de caballadas alzadas, y acompañados por otras tribus bravías, con el propósito de hacerse de provisiones, y aun para destruir, incendiar campos y viviendas, matar y robar.

No han sido escritas, y aun pasan por ignoradas de los actuales pobladores de las campañas bonaerenses, las escenas a que dieron motivo los procedimientos de la conquista del desierto; tan harteros e inhumanos fueron ellos como los que arbitraron para repelerlos aquellos hijos de la Pampa, con toda la violencia de la furia salvaje.

A principios del siglo XVIII las tribus de chechehet habían quedado diezmadas, reducidas en grado sumo, debido a la peste de la viruela que adquirieran en uno de sus avances hasta los alrededores de Buenos Aires. Así lo afirman el jesuíta Tomás Falkner y varios otros religiosos y expedicionarios que trataron o combatieron a los indios, en los últimos decenios de aquella centuria.

Y previa advertencia de que el nombre de una tribu indígena no supone que ella hable la lengua a la cual pertenece su nombre, admito por ahora, la posición étnica que el intérprete de Falkner atribuye a los chechehet.

Que, al parecer, estas tribus han constituido el núcleo principal del grupo lingüístico denominado het, cuyo *habitat* compartido con tribus de análoga denominación geoétnica y aun de otras afines, particularmente del norte, parece hubiérase encontrado, desde tiempos muy anteriores a la estada de Falkner, tanto en las riberas del mar, como en las de los numerosos ríos y arroyos que en él desembocan, como otras unidades étnicas merodearon, posteriormente, por toda la zona prepampeana. Atribuyo, pues, a los chechehet y afines los restos de industria neolítica que proceden de las estaciones, talleres y enterratorios de San Blas.